La Ilustracion Artística

Año X — Barcelona 4 de mayo de 1891 — Núm. 488

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UN RABINO, dibujo á la pluma de D. José M. Marqués

SUMARIO

Texto. – *La Exposición general de Bellas Artes. Una exposición retrospectiva. Exposiciones celebradas en Barcelona durante el movimiento artístico contemporáneo*, por J. Yxart. – *La Algarada de «Pequeñeces»,* por Doña Emilia Pardo Bazán. – *Rosalinda. Cuento fantástico del siglo* XVII, por José Torres Reina. – SECCIÓN AMERICANA: *La vida es sueño*, por N. Hawthorne, traducido por Juderías Bénder. – *Nuestros grabados.* – *El marido de Jacobita* (continuación) Novela original de Andrés Thuriet, ilustrada bor L. Marold y traducida por E. L. Verneuill. – SECCIÓN CIENTÍFICA: *Purificación de las aguas para la alimentación de las poblaciones. La filtración. Necesidad de la purificación artificial de las aguas. Decantación. Filtración natural. Filtración artificial.* – Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores: *Corazón y brazo*, por D. Pascual Millán. – *En las Riberas del Plata*, por T. Resasco, versión española de D. Antonio Sanchez Pérez. – *Joventut, primeras poesías*, per Bonaventura Bassegoda.

Grabados. – *Un rabino*, dibujo á la pluma de D. José M. Marqués. – *Atenas. Nuevo Palacio para Exposiciones (Zappeion)* (De una fotografía). – *Atenas. La Universidad*, obra del arquitecto dinamarqués Hausen. (De una fotografía). – *La Lisette de «El legatario universal»* (comedia de Regnard, 1655-1709), pintura destinada al vestíbulo del teatro del Odeón (París), por Gustavo Curtois, grabada por Baude. – *Puente sobre el Biobio (Chile), el más largo de América, terminado en 1890. Acto de la prueba oficial.* - *Puente del Biobío, visto por debajo.* (De fotografías remitidas por D. Horacio Parada, de Concepción). – *Jesús y los niños*, cuadro de don Enrique Serra (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Fig. 1. Sistema de filtros establecidos en Varsovia, por M. Lindley. – Fig. 2. Filtración por la arena. – Fig. 3. Regulador automático de Varsovia. – *Estudio del pintor Rodolfo Wimmer.* (Para las referencias correspondientes á este grabado consúltese el artículo publicado en el núm. 487 con el epígrafe *Estudios de algunos célebres pintores.*)

LA EXPOSICION GENERAL

DE BELLAS ARTES

I

Una exposición retrospectiva. – Exposiciones celebradas en Barcelona durante el movimiento artístico contemporáneo

Los sucesos públicos presentan á veces singulares coincidencias. Por los mismos días en que se iba disponiendo la primera Exposición de Bellas Artes, celebró la Academia una sesión necrológica en honor de los profesores D. Claudio Lorenzale y don Pablo Milá y otra exposición retrospectiva de las obras de aquél. ¡El alfa y la omega! Lorenzale y Milá fueron iniciadores de nuestro movimiento artístico; el actual concurso es su última y más brillante fecha. Haber asistido en la casa Lonja á la académica sesión, solemne, glacial, acompasada, y pasar de allí á los febriles preparativos del Palacio del Parque, era como saltar de uno á otro extremo de todo un período histórico. Convertir los ojos, de las anémicas pinturas de Lorenzale á los cuadros que apresuradamente se colocaban en la *cimaise* en los vastos salones de la actual Exposición, era salir de una evocación de lo pasado, pálida y triste, á las esplendideces de lo presente. Y sin embargo, el excepcional contraste tiene su punto de unión sin solución alguna de continuidad. Entre aquellos iniciadores, á quienes se debe hoy el respeto de tales, y los modernos artistas, se extiende todo el camino transcurrido, toda la historia de nuestras artes en el espacio de cuarenta años. Hubo que empezar por aquellas místicas imágenes descoloridas ó las composiciones históricas de novela escotiana, para llegar por fin á las cálidas impresiones y vibrantes notas del arte contemporáneo; han sido necesarias para ello las transformaciones radicales de toda una sociedad, de la ciudad misma, viviente y entera. Como nada se produce ni espontánea ni aisladamente en la vida, fuera imprescindible una evocación total de ella, no ya sólo del progreso artístico, sino de todo en suma: gustos literarios y cambios políticos, preocupaciones sociales, mudanzas económicas, influjo decisivo de las mismas en las costumbres domésticas, si debíamos comprender y penetrar viva y exactamente cómo y por dónde lo que parece hoy pobre manifestación, encogida, tímida, de un comienzo vacilante, fué en su tiempo revolución entusiasta y arrolladora, recibida con aplauso. No pueden mirarse tales obras sin que se agolpen á la memoria innumerables recuerdos. Al volver hacia ellas el rostro, hoy que coincide su exhibición con la Exposición general, asalta el deseo de apuntar, siquiera como preliminares y en cifra, las que se celebraron aquí entre uno y otro período.

Aquellos cuadros, expuestos en las salas de la Lonja nos traen desde luego á la memoria los concursos celebrados por la *Asociación de amigos de las Bellas Artes* en las desnudas galerías del convento de San Juan, de 1847 á 1858. Aquellas fueron las que pueden considerarse las primeras exposiciones del moderno renacimiento artístico en Barcelona. Antes de esa fecha, apenas hallaríamos sino las obras póstumas de una escuela ya fenecida (pero que conservaba las tradiciones de un dibujo sólido y paciente, y condiciones propias y geniales en algún maestro, sobre todo en los retratos) ó los conatos y tentativas juveniles, los atisbos y presentimientos aislados de la misma generación que alcanzaba ya su puesto en la citada década. Con respetar y aceptar el relativo valor de tal iniciación, es triste, sin embargo, ver que tan tarde llegáramos á ella en España, y que tales fueran los obstáculos, el atraso é ignorancia que hubieron de combatir aquellos nobles y laboriosos precursores. Cuando en 1850 Francia había recorrido ya totalmente los dos primeros ciclos artísticos de nuestro siglo, el pseudo-clásico de David y el romántico de Delacroix; cuando se disponía á la fatal evolución de éste, que llevaba en sus entrañas y desde un principio el realismo contemporáneo; cuando empezaba á medrar en la mismísima forma de hoy su espléndida pintura de paisaje, los citados iniciadores nos traían aquí de Italia la buena *nueva* del romanticismo restaurador é histórico y de la pintura purista y arcaísta, é intentaban sacudir el sueño de la bonachona sociedad de nuestros burgueses y de su existencia cominera y prosaica, con las voces de *belleza* y *arte*, infundiendo á estas palabras su más alto sentido ideal, como esotérico y misterioso, y señalando á su enseñanza un fin religioso, social, educador, muy superior desde luego á la frívola delectación de lo simplemente agradable á que había descendido el arte aristocrático del siglo pasado. Hartos antecedentes se conservan del influjo que tuvieron y de la sorpresa que causaron aquellas enseñanzas en los alumnos de la Lonja, que iban á aprender para artesanos y salieron artistas. Hartas notas sueltas y privadas de los contemporáneos, denuncian cuán miserable era la escasísima atención concedida por el público al arte. Acontecimientos coetáneos, como la inauguración de la primera vía férrea, la invención del daguerrotipo y la primera Exposición Universal de Londres, debieron de infundir á todos nuevos entusiasmos y transformar la vida anterior de la ciudad. Pero aun así, nos es casi imposible concebir que deba otorgarse mérito relativo, no á las tendencias de aquel arte que cabalmente hoy por hoy y en otra forma vuelven á preocupar á algunos, sino á sus incompletas manifestaciones entre nosotros y al evidente predominio del elemento intelectual y teórico sobre la ejecución artística.

He dicho que las exposiciones anuales de los *Amigos de las artes* se inauguraron en 1847. Unos artículos de crítica escribió el Sr. Mañé y Flaquer acerca de las celebradas en 1852 y 1853. La franca y enérgica pintura que traza del estado de las artes en Barcelona, por aquellas fechas, no puede ser más desconsoladora. «Doloroso es confesarlo, pero fuerza es decirlo: el estado de las bellas artes en nuestra capital es muy triste, y nos coloca en muy bajo nivel comparativamente á los pueblos de igual importancia de otras naciones y de España misma. Los monumentos públicos arquitectónicos y los edificios particulares construídos en nuestros tiempos, con raras excepciones, son modelos de mal gusto, de extravagancia algunos. La escultura, si existe, anda escondida sin que se le conceda el lugar que le corresponde en los edificios, ni en los paseos, ni en los jardines, ni en los monumentos conmemorativos...: ha muerto ahogada en los aljibes de los alfareros. Los pintores hacen retratos de familia en competencia con el daguerrotipo... Sólo á la idea de la exposición anual debe la pintura el haber cobrado algún aliento casi momentáneo. La poesía existe..., pero también está condenada al silencio, y sólo de tarde en tarde da señales de vida con la timidez del que desconfía de sus propias fuerzas... El espíritu comercial traspasando sus límites naturales y la falta de gusto ó educación estética son las causas locales de nuestra decadencia artística.» Y en la introducción de su segundo artículo, un año después, lamenta de nuevo la glacial indiferencia con que se acoge toda manifestación artística, y particularmente el desamparo en que dejan las corporaciones científicas y literarias aquellas exposiciones anuales «¿Qué han hecho á favor de las que tienen lugar todos los años en Barcelona? Y nuestro cuerpo municipal, que es la corporación más obligada á hacerlo, ¿de qué manera las ha fomentado ó estimulado? Permaneciendo pasiva, indiferente, dejándolas del todo abandonadas á la protección de los esfuerzos particulares, que por cierto no son muy eficaces en la segunda capital de España.»

Las exposiciones anuales celebradas de 1847 á 1858 parecerán hoy, en realidad, á quien las recuerde, bien modestas. No llegaron nunca á doscientas las obras presentadas. Figuraron en ellas los pintores de mayor reputación entonces: Arrau, Batlle, Dalmases, De Bergue, Ferrán, Fluixench, Inglada, Lorenzale, Martí y Alsina, Mirabent, Planella, Rigalt, Serra, y en los últimos años los escultores Vallmitjana, con que empezó el renacimiento escultórico, y algunos alumnos de los primeros expositores con que se inauguraba una nueva generación. La pintura colocada en primera línea, y como en lugar más visible, era la religiosa, que tomaba por modelo á los pre-rafaelistas, al Perugino, al beato Angélico, á Overbeck, y la histórica, que seguía tratando con predilección los asuntos de la historia catalana en la Edad media ó escenas de dramas románticos. Alternaba con ambas, sin embargo, el paisaje, al que reprocha ya la crítica ser pintado con harta frecuencia *de memoria* quizás por lo compuesto y lindo con sus misteriosas ruinas de castillos y sus efectos de luz melancólica y del Norte. A su lado figuraba, con flores, frutas y retratos, la llamada pintura de género, que trae alguna vez á los artículos la palabra *realista*, y al arte á la contemplación de la realidad viviente ó á fogosas composiciones que rompen con su osadía los primeros cánones y sorprenden por su colorido. Esta misma aspiración nueva, traída aquí por uno de los maestros, revolucionaba á la Academia, empezaba á compartir la atención con el primer movimiento arqueológico y frío; dividía á los alumnos, les apartaba lentamente de aquella primera imitación de imitaciones, para atraerles hacia la naturaleza, y les llevaba á preferir las concreciones artísticas vigorosas y pujantes á las teorías estéticas y los sensatos preceptos, en los cuales fué más fecunda la enseñanza que en verdaderos modelos.

Esta generación naciente debía ocupar bien pronto el lugar de la anterior en las sucesivas exposiciones. A su vez vió transformarse con nuevos sucesos la capital, y levantarse precipitadamente para ella un nuevo escenario con el derribo de las murallas y el proyecto de ensanche, con la mayor rapidez en las comunicaciones, con la fundación de los Juegos Florales y del Ateneo Catalán, y con la misma Exposición industrial y artística de 1860, *improvisada en Barcelona para obsequiar á S. M. la Reina doña Isabel II*, manifestación de la fiebre y entusiasmo que despertaron por la misma fecha los triunfos de Africa.

En esta Exposición sólo figuró, muy pobremente representada, la escultura; pero ya en 1866 vemos celebrarse otra en la Academia de Bellas Artes, donde se reflejan de un modo viviente y explícito todos los cambios y progresos sobrevenidos en aquellos años, desde la última del período anterior. Las esculturas y cuadros llegan al número de 350. Al lado de los nombres de los profesores ya reputados, figuran los de Agrassot, Amell, Armet, Fortuny, Galofre, Gomez (Simón), Serra y Porson, Tapiró, Urgell, Vayreda y otros. Junto á los hermanos Vallmitjana, los primeros escultores, Samsó, Pagés, etc. A los cuadros devotos ó escenas históricas catalanas, suceden, al lado de vastas y tempestuosas composiciones, los paisajes y marinas, apuntes del natural de nuestras costas y de nuestra tierra, á las que alguno llama *inspiraciones*, antes que *impresiones*. Algunos cuadros arguyen ya la mayor frecuencia de viajes y el mayor número de pensiones á Roma, de cuya campiña, de cuyas costumbres modernas y populares tomaron el tema, ó la comunicación con París, de donde traen alguna vez los asuntos ó la factura de algún pintor en boga. En otros, la influencia de la literatura catalana y del mismo teatro recién-fundado, coincidiendo con la moda de la música popular, se transmite á las composiciones, costumbres de labradores, escenas de la vida rústica y doméstica de nuestras montañas. Entre ellas van ya los estudios é imitaciones de la vieja pintura realista española, y entre las estatuas, las de San Isidoro de Sevilla, Alfonso el Sabio, Averroes, Ramón Lull y Luis Vives al vestíbulo de la nueva Universidad. Un periódico (*El Telégrafo*), resume la crítica de aquella exposición con palabras que harto se han repetido después. «Obsérvase en los más destreza en el manejo del pincel, acierto en muchos en copiar la naturaleza, cualidades de coloristas en otros, pero también en muchas obras se nota algún descuido en el dibujo, excesiva importancia á los efectos de luz y en la elección de temas escasa afición á los grandes asuntos.»

Un edificio, construído ya en el Ensanche, para Exposiciones, atestigua el cambio traído por la Revolución de Septiembre, que prepararon largas y fatigosas agitaciones anteriores. En aquel edificio celebra la sociedad de Bellas Artes sus concursos de 1868, 70, 71, 72, 73 y 74. A las secciones comunes de pintura, escultura, planos arquitectónicos se añade la de copias de los mejores cuadros de escuelas españolas, que prueban cuánto se ha generalizado ya su conocimiento y su estudio. Junto á

ATENAS. – NUEVO PALACIO PARA EXPOSICIONES (ZAPPEION). – De una fotografía

ATENAS. – LA UNIVERSIDAD, obra del arquitecto dinamarqués Hausen. – De una fotografía

ellas figuran acuarelas, dibujos á pluma y á lápiz, grabados, diseños para decoración, litografías, fotografías y vidrieras pintadas, con que se muestra de un modo más completo la extensión que han tomado las diversas aplicaciones del arte. De la propia manera se nota el desarrollo y progresos de la escultura con nuevos nombres y más modernas obras, y aunque sean en su mayoría los mismos los de los pintores más conocidos, van apareciendo unos tras otros, con impresiones de Roma ó de París, muchos de los más jóvenes que hoy vemos figurar en primera línea y cuyo número hace ya difícil la cita. Se acentúa, sobre todo, año tras año la irresistible afición á la nota real y al estudio de la verdad, no ya por encima de las viejas concepciones, que empiezan á causar la extrañeza de lo anticuado ó inferior, sino prescindiendo del mismo ingenio ó de la concepción sentimental que como último rescoldo del fuego del romanticismo animó á la literatura, incluso la dramática, antes de la Revolución. Podría decirse, en suma, que los progresos que manifestaron aquellos concursos anuales del 68 al 74 están en el número siempre creciente de artistas y de obras, y en los adelantos en el color y en la factura, hacia la mayor verdad artística, por cuyo camino, particularmente en sorprender los secretos y la vivacidad de la luz (siguiendo á Fortuny, que por entonces preocupó á todos), cada paso que se da parece infinitamente superior al que le precedió.

Pero por aquellas mismas fechas, reciente el recuerdo de la Exposición Universal de París de 1867, y establecidas las de Bellas Artes en Madrid, se repiten con extraordinaria frecuencia las de todos géneros en Barcelona y casi se improvisan de año en año. La década del 70 al 80 podría llamarse de las Exposiciones. Con ellas se celebran y se estimulan las fiestas públicas y los más notables acontecimientos. Una breve Memoria, donde constan hasta 1872 los resultados obtenidos por la Sociedad de Bellas Artes, apunta cómo ha cundido la afición á los objetos de arte entre el público y los mayores precios alcanzados en la venta. En 1871 se celebra un concurso agrícola, industrial, artístico, con motivo de la visita de D. Amadeo; en 1872, otro también agrícola, marítimo y artístico. A las Exposiciones generales suceden las particulares, como si el número de obras y artistas y los mismos géneros de caballete trajeran consigo la multiplicación y disgregación de la colectividad en diversos grupos, y sea ya necesario establecer de un modo cotidiano y permanente la exhibición para los aficionados. Así se repiten ya en establecimientos como el de Monter en 1873 y en 1876; en el de Bassols, por el mismo año; en el de Parés, en 1874; en la Sociedad económica de Amigos del país y en el Centro de maestros de obras (1876); en la Universidad, en 1877, uniéndose á las artísticas modernas las de artes suntuarias antiguas; en el Ateneo Barcelonés, en 1881 y 1883; en el Museo Martorell, por el Centro de acuarelistas, en 1885, y en el citado Salón Parés, por fin, ya con exposiciones generales y anuales, ya con la que acaba por tomar carácter permanente, donde se exhiben las obras apenas salidas del estudio.

La Exposición Universal de 1888 comunica repentina é inesperadamente mayor impulso á tales esfuerzos parciales y repetidos. Como á las exhibiciones de obras de artistas barceloneses se asociaron los demás españoles, concurren á la universal los extranjeros. El escenario, á partir de aquí, adquiere proporciones mucho más vastas. Los mismos edificios, improvisados en un momento de fiebre, revelan el incremento y extensión de la capital y los progresos realizados en el espíritu público, y con su misma capacidad, no sólo permiten, sino que estimulan los grandes concursos, que no se limitan al arte catalán ni al nacional, sino que nos ponen directamente en contacto con el de todas las demás naciones.

De aquel esfuerzo de un día, quedaron como despedazados restos de un coloso, con la nave central del Palacio de la Industria y el de Ciencias, el de Bellas Artes. De aquella repentina llamarada de iniciativas y proyectos, el calor y la confianza imprescindibles para nuevas empresas. La Exposición actual es la primera que vemos ya realizarse, como preliminar de un nuevo período de transformaciones mucho más vastas y radicales que las historiadas hasta aquí. Es una fecha, un punto de arranque. La inauguración, que acaba de celebrarse, trajo á la imaginación, con la misma perspectiva del local, el recuerdo del concurso del 88. Pero cuando apenas van transcurridos tres años desde aquella fecha, resalta á primera vista que los adelantos realizados son notables y no guardan ya proporción alguna con el tiempo. La progresión – si cabe el símil matemático – no es aritmética, sino geométrica. El aspecto del gran salón central, destinado á la escultura, con sus inmensas dimensiones, y ocupado por tal número de obras; el de sus vastas galerías que llenan los dibujos; la extraordinaria cantidad de cuadros españoles; las primeras noticias acerca de las secciones extranjeras (Francia, Italia, Austria, Hungría, Holanda, Bélgica, Alemania, Rusia y Estados Unidos) – que en este instante no es posible apreciar todavía en su conjunto; – todo permite asegurar desde ahora que la primera Exposición general ha de superar las pocas esperanzas concebidas y vencer como tantas veces el inveterado pesimismo de muchos.

Por mi parte, procuraré en los siguientes artículos señalar en las distintas secciones, con lo más notable y de permanente valor, cuanto sea anuncio y promesa para el porvenir.

J. YXART

LA ALGARADA DE «PEQUEÑECES»

POR DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN

Por caso prodigioso, acaso por primera vez, una novela española acaba de lograr, no sólo inusitada venta, sino el privilegio de dar pasto á las lenguas, asunto á las conversaciones y contingente á la prensa diaria durante muchos días, y lleva trazas de seguir dándolo hasta que la cuestión del socialismo, el calor y la dispersión veraniega calmen ó apaguen del todo la hoguera de rencillas y disputas encendida por un hijo de Loyola.

Desde que *Pequeñeces* se puso á la venta han granizado y siguen granizando artículos, sueltos, diatribas, agudezas, exclamaciones y dicharachos; los menos hemos sido los que, prescindiendo de indiscreciones y polémicas y renunciando á averiguar si *Pequeñeces* es, en efecto, un nuevo *Tizón de la nobleza española*, nos concretamos al punto de vista esencialmente literario, aunque por necesidad nos hiciésemos cargo de las tendencias sociales del libro. En mi *Nuevo teatro crítico* consideré al padre lo mismo que consideraría á otro escritor que, reuniendo iguales méritos, no vistiese sotana; y por esta imparcialidad me acusaron algunos críticos – especialmente mi joven amigo el Sr. Navarro Ledesma, en tres artículos que vieron la luz en *El Correo* – de ayudar al padre en su maquiavélico propósito de ir escurriéndose *pian pianino*, con las manos metidas en las mangas, hasta coger butaca de primera fila al lado de nuestros grandes escritores. El Sr. Ledesma sospechaba que al proceder así, al otorgar al padre lugar eminente entre los novelistas contemporáneos, me encontraba yo sugestionada, alucinada, sin advertirlo, «por el ruido, por el triste prestigio del escándalo, que aun á los espíritus más severos é imparciales se impone, inspirándoles herejías y desbarros.»

Si hubo en mí tal sugestión, debió de ser por modo profético ó revelación divina, pues mi juicio *literario* respecto á *Pequeñeces* estaba formado desde la segunda quincena de febrero, época en que no se encontraba en las librerías un ejemplar, y sólo conocíamos la obra las contadas personas á quienes el autor tuvo la bondad de adelantarla, y los lectores del *Mensajero del corazón de Jesús*, que se contentaban con susurrar bajito, algo alarmados, que era «cosa muy notable.» Antes de que empezase la gresca tenía yo corregidas las pruebas de mi estudio sobre *Pequeñeces*, y á última hora, por darle más actualidad, ingerí dos ó tres alusiones al estado de los ánimos y á la parte extraliteraria de la cuestión, sin modificar mis apreciaciones literarias en lo más mínimo.

Cumple decir toda la verdad. Lejos de sugestionarme el ruido y el escándalo, si algo pudiese prevenirme en contra del libro sería ese bastardo elemento de éxito, ese ataque fulminante de hiperestesia crítica que le ha entrado á Madrid, ese sacrificio de los novelistas ya acreditados y veteranos en aras del nuevo. Nuestra novela merece el favor del público, no ahora, por *Pequeñeces*, sino antes, por mucho hermoso ejemplar novelesco que señala en este género un período de esplendor. En las novelas que aquí se publican suele haber, aparte de las bellezas literarias, contenido, miga, trastienda, y no obstante, ni su despacho en librería ni muchísimo menos su ruido en periódicos y conversaciones guarda remota proporción con la importancia de las ideas que pueden sugerir al lector inteligente y reflexivo. La del padre también sugiere, ¡vaya si sugiere!; mas no por eso, sino merced á su aleación de chismografía, es el acontecimiento de la temporada. Pecaríamos de injustos si echásemos toda la culpa al autor y no á la corte hispana, de la cual puede decirse, como dijo Tácito de Roma, que es *urbs sermonum avida, nihil reticente* y *fecunda gignendi inimicitias;* ó en romance, incapaz de callarse la boca, amiga de murmuraciones, enredadora, lenguaraz y refitolera.

A mi parecer, quienes están alucinados por el escándalo son los críticos que miran en el padre al autor *tizonesco* y no ven el amenísimo y delicioso novelista, y le cuentan defectillos y negligencias de sintaxis de que no suele estar libre ningún autor un poco espontáneo. Bueno y santo (ó malo y pecador, pero potestativo en el crítico) que se rechacen el criterio y la moral del padre Coloma; lo vedado es partir de la apreciación personal de ese criterio para negar al padre sus méritos literarios. Puede no edificar *Pequeñeces;* á mí no me edifican poco ni mucho infinidad de novelas modernas (porque esto de la edificación sí que es *predominantemente subjetivo)*, y sin embargo, me gustan que me chupo los dedos tras ellas. Para juzgar una obra desde el punto de vista estético, conviene hacer abstracción de si el autor siente y piensa como nosotros en materias de religión, moral, política, etc.; porque *juzgar* es *comprender.* Así dice terminantemente Kant en su *Crítica del juicio:* que si en un juicio sobre la belleza se mezcla el más ligero interés, ya es parcial, ya no depende del *gusto.* Esta mezcla de interés y parcialidad fué el cáncer de la literatura oficialmente católica, desde que empezó en España la lucha entre el liberalismo y la tradición; todos hemos padecido acusaciones de herejía y latitudinarismo, cuando hacíamos justicia á escritores heterodoxos. No se vuelva ahora del revés semejante intolerancia, despreciando la novela de un jesuíta por sus tendencias ó propósitos morales, distintos ó contrarios de los del crítico; recuérdese aquel gracioso dicho de Beranger:

> Qu'on puisse aller... meme a la messe:
> ainsi le veut la liberté!

Una prueba de que el elemento extraliterario de *Pequeñeces* ha perjudicado á su estimación como obra literaria, es la aseveración que estos días rueda mucho, de que *Pequeñeces* es una *novela* mediocre y una *sátira* admirable. Ignoro en qué límites encerrarán á la novela los que así opinan, género tan comprensivo y dúctil, que todo lo abarca y á todo se presta. La novela puede ser sociológica *(Germinal)*, erótico-psicológica *(Fanny, Adolfo, Mensonges)*, penitenciaria *(La casa muerta)*, antropológico-jurídica *(Crimen y castigo)*, ascético-filosófica *(Thais)*, reformista conyugal *(La sonata de Kreutzer)*, idílico-rural *(La mare au diable)*, y con todas estas direcciones y tendencias, y otras muchas que omito por no cansar, novela interesante y hermosa. Califiquen, pues, la del padre Coloma de *buena* novela satírica, asimilándola á varias muy famosas que tienen el mismo carácter, como, v. gr., *La ralea*, *Gerónimo Paturot* y *Bouvard y Pecuchet*, de Gustavo Flaubert.

No podemos negar á la sátira de los vicios sociales derecho de ciudadanía literaria. Es su abolengo tan rancio como el de cualquiera otro género, ó más, si Homero compuso un poema satírico; y antiguo como las letras es el concepto de que la sátira, moralmente lícita cuando generaliza, merece reprobación al particularizar, nombrando personas ó indicándolas con tales pelos y señales que otros puedan nombrarlas. En Roma los decenviros legislaron castigando con pena de muerte al poeta que en sus versos infamase públicamente á alguno, y Cicerón manifestó iguales sentimientos diciendo que «nuestra conducta debe estar sujeta únicamente al dictamen de los magistrados, ó sea la ley, y en ningún modo al ingenio de los poetas.» A Nevio, difamador del patriciado, le hicieron los Metelos pudrirse en un destierro; en cambio, la sátira general de Quinto Ennio, Terencio y Plauto no suscitó protesta alguna, ni nadie puso en duda su legitimidad. Tomaba entonces la sátira forma de poesía ó de farsa escénica, como más tarde la de diálogo lucianesco, y en la Edad media la de *fabliau.* El *Quijote*, la novela más grande que produjeron los siglos, pasa por satírica; y sátira profunda, sátira social, es el libro más inspirado en el *Quijote* que conozco: *Las almas muertas*, del ruso Gogol. Hecha la restricción de que no aprobamos nada que tire á zaherir ó poner en la picota al *individuo*, reconozcamos que la novela satírica puede ser excelente, como es la del padre Coloma en mi concepto.

Volviendo á la sugestión del escándalo, yo veo en este mismo alboroto que ha movido *Pequeñeces* una demostración de su valer literario. No alborota quien quiere, sino quien puede. Menudo día de fiesta para los inútiles y los necios malévolos, si con recoger aquí y allí chismografías de salón y anécdotas de la vida privada y darles forma novelesca consiguiesen, no sólo vender miles de ejemplares, sino dar que platicar y escribir á toda España. Claro está que un escrito denigrativo siempre despierta curiosidades; pero si le falta literatura, y buena, se podrá *cuchi-*

chear de él; *hablarse*, nunca. Pululan vanidosos que no retroceden ante la calumnia, el insulto y el libelo, con la esperanza de escandalizar y el desengaño de que no se escandalice nadie: pásanse el santo día preguntando *dónde prenden*, y no hay polizonte que les haga el favor de atarles codo con codo. Lo repito: la clave de *Pequeñeces*, si existe semejante clave, no lograría lo que logra el arte del novelista, en los capítulos menos tachados de indiscreción ó alusión personal. Quisiera que los negadores literarios del padre Coloma se fijasen en un dato de suma importancia, que á lo que voy viendo nadie toma en cuenta, y que yo tuve muy presente al escribir el estudio sobre *Pequeñeces*. Este dato... ¡friolera!, consiste en que *Pequeñeces*, la obra debatida, comentada, admirada por infinidad de lectores, no indiferente á nadie, avasalladora, en fin, es... *la primer novela*, ó como él diría, el *coup d'essai* de su autor.

Antes no había escrito el padre sino historietas, novelitas cortas, sucedidos, cuadros de costumbres, bagatelillas primorosas... Estrénase hoy con *Pequeñeces*, y á fe que del estreno ha de quedar memoria para rato. Vayan los que se revisten de inusitada severidad literaria con el padre comparando en su interior este estreno (yo no lo hago expresamente, por aquello de que las comparaciones son odiosas) con los estrenos de otros novelistas insignes. Me dirán que el padre no es ningún niño, y á su edad podría haber publicado una docena de novelas largas. No quita para que ésta sea la primera.

Las deficiencias literarias que algunos censores señalan en el padre no las niego en absoluto, hasta las concedo; y después de concederlas, repito que su obra merece los honores de *maestra*, que corresponden, según el Diccionario, á «las obras hechas con cierta perfección y artificio y notables en su línea.» *Cierta perfección*, no la *perfección total*, que tengo por inasequible, pues no la consiguió Cervantes mismo. Si el padre flojea en las descripciones, en cambio sobresale en el diálogo y la narración; si es seco y descolorido, es rápido y agudo, enfoca y condensa divinamente; si no tiene caudal de palabras, lo tiene de sales y de felices ocurrencias, entretejidas hábilmente en la ficción. Quiero resumir, y para ello necesito formular una pregunta y una respuesta: – Pregunta. ¿Cómo sabremos si una obra de arte es ó no de primer orden entre las de su misma época y género? – Respuesta. Cuando las cualidades características del artista se afirman en ella con tal energía y esplendor que no dan lugar á que echemos de menos otras cualidades que necesariamente excluyen las primeras, podemos decir que ese artista ha producido una obra de primer orden.

Nuestra crítica adolece de olvidar tan sencilla regla, exigiendo de los autores precisamente lo que les falta y tiene que faltarles si no han de dejar de ser lo que son. A Echegaray, por ejemplo, se le pide que sea un Bretón de los Herreros, y á Campoamor un fray Luis. ¿Cuándo aceptaremos de una vez los temperamentos ó complexiones literarias, y seremos, por egoísmo, eclécticos y omnívoros siempre que nos presenten manjar fino, alimenticio y sabroso?

En cuanto á la intención moral de *Pequeñeces*, con igual lisura digo que encuentro recargado el cuadro, y que si fuese pintura de mano seglar, yo también dudaría de la buena fe del autor, ó le supondría gravemente enfermo del hígado. La sociedad está hoy menos corrompida que nunca, si bien hay en ella el eterno fermento del mal, que jamás desterrará libro, sermón ni sátira alguna, así resuciten, para predicar y escribir, San Pablo y Aristófanes, fundidos en un solo novelista misionero. El satírico novelista, que tal vez no *cree* en el fondo de su alma que el mundo sea un presidio suelto, pero *lo presenta así* con ánimo de fustigar, ya que no de corregir los vicios, está expuesto á esa nota de pesimismo, nota común, por curiosa analogía, á Zola, al padre Coloma y á otros varios novelistas que en nada se parecen, como no sea en apiñar maldades, dando á entender que el estado social huele á podrido. Acertadamente opina el insigne Rubió en su *Historia de la sátira*: «¿Tendré necesidad de recordaros que cuando Juvenal escribía sus sátiras contra las mujeres, las bajezas de los parásitos, las liviandades de los protegidos de los ricos y el lujo de los banquetes, habían perecido ya en la misma Roma millares de esposas honestas y de viudas y vírgenes recatadas, mártires de la castidad; de mancebos que preferían la muerte á la infamia; de ricos varones que habían hecho almoneda de sus bienes para dar su producto á los pobres; de personas en fin de todas clases, edades, sexo y condiciones, que proclamaban en medio de los más atroces suplicios una religión basada en el amor?... ¿Por qué no decirlo? Los escritores satíricos, dotados de ojos de lince para descubrir el mal, parece que para ver el bien los tienen de topo.»



LA LISETTE DE «EL LEGATARIO UNIVERSAL» (comedia de Regnard, 1655-1709)

Pintura destinada al vestíbulo del teatro del Odeón (París), por Gustavo Courtois, grabada por Baude

ROSALINDA

CUENTO FANTÁSTICO DEL SIGLO XVII (1)

I

Erase que se era un Gran Sultán de Turquía que estaba enfermo de un mal desconocido. Recetas van y vienen, emplastos aquí y emplastos allá; pero ¡nada!, el Gran Turco peor cada día. Apurados andaban los sabios doctores otomanos ante aquel tenaz y endiablado padecimiento, sin conseguir, á pesar de su trompeteada ciencia, ver más allá de sus narices. ¿Pero cuán á su colmo no llegaría el apuro de los doctores cuando aquel paciente sultán les gritó un día echando espumarajos por la boca:

– ¡Ignorantes! ¡engañabobos! ¡atunes! (seguramente este pez gozaba ya por aquel tiempo entre los turcos de la gran celebridad que hoy disfruta entre nosotros). ¿Qué ciencia ni qué ocho cuartos es la vuestra, que no conseguís ponerme bueno?... ¡Charlatanes! ¡mamarrachos! ¡cernícalos! (según se ve, este pájaro se había hecho ya notable por aquella fecha). ¿A quién curaréis cuando no me curáis á mí? ¿Pero creéis que vais á asistir á mis funerales? ¿Vosotros firmar mi papeleta de defunción? ¡Yo os juro que iréis todos delante de mí á continuar vuestra tarea en los infiernos!

Temblaban aquellos pobres sabios como las hojas de los alcornoques, cuando el soberano puso fin á su imperial discurso en la siguiente forma:

– Si antes de que limpien mañana mis caballerizas (así computaba el tiempo aquel Gran Turco), no habéis hallado un remedio seguro contra mi enfermedad, os verá toda Constantinopla pendientes de esas ventanas, como los racimos de uvas de mis despensas. ¡Conque largo de aquí y mucho ojo!

Salieron los pobres doctores de la cámara imperial más muertos que vivos, y fueron á encerrarse pálidos y trémulos en la gran biblioteca de palacio. Largas horas consagraron á consultar textos y pergaminos orientales; pero ¡ni por esas!: no daban pie con bola. Convencidos al cabo de que la fe puede en muchas ocasiones más que toda la ciencia del mundo, tomaron el partido de dirigir sus preces al Profeta para que los iluminase en aquel atolladero. Largo rato estuvieron con la cara vuelta y los brazos extendidos hacia la Meca, hasta que allá muy entrada la noche, cuando Constantinopla se hallaba envuelta en tinieblas, el Profeta se decidió por fin á enviarles su luz. Para decir verdad, fué uno solo el que recibió la emanación luminosa. El elegido rompió bruscamente la monotonía de aquella situación, exclamando con inspirado acento:

– ¡Nos hemos salvado!

Salieron todos como por encanto de su éxtasis místico, y clamaron á una voz:

– ¡Habla..., habla!...

El iluminado contestó lacónicamente echándose á andar.

– Seguidme.

– Pero explícate... Dinos cuál es tu plan.

– Seguidme y callad. Vuestro papel se reduce á dejarme hablar y prestar asentimiento á cuanto yo diga.

Momentos después se hallaban los doctores en presencia del Gran Turco, que paseaba por su habitación bramando como un toro. El iluminado tomó la palabra.

– Gran Señor, existe un remedio contra vuestro mal.

– ¿Cuál es? ¡Pronto!, rugió el bondadoso sultán.

– Ese remedio es muy difícil, Gran Señor.

– ¡Para mí no hay nada difícil!

– Pues bien: Vuestra Majestad sanará infaliblemente, si se baña en la sangre recién vertida de un príncipe.

– ¡Que degüellen en el acto á cualquier individuo de mi familia!

– Sería inútil, Gran Señor.

– ¿Cómo inútil?

– El príncipe sacrificado ha de ser necesariamente extranjero.

Al siguiente día una gruesa escuadra con numerosas tropas de desembarco zarpaba de las aguas de Constantinopla, con orden de surcar los mares, asaltar puertos, incendiar ciudades, abordar embarcaciones...; en una palabra, de llevar á cabo todo género de barbaridades y tropelías hasta conseguir atrapar á un príncipe, aun cuando fuese de los más modestos. El Gran Turco prometió riquezas fabulosas y honores sin cuento á los jefes de la expedición si conseguían echar el guante á un príncipe; mas al mismo tiempo les juró por todos los versículos del Alcorán que si se volvían con las manos en los bolsillos los mandaría decapitar á todos.

Borrascas, huracanes, naufragios, todo lo arrostró la flota otomana durante muchos meses, cometiendo de paso la mar de atrocidades; pero todo inútilmente: no se encontraba un príncipe ni por un ojo de la cara. Una tarde en que navegaba la escuadra turca muy próxima á las costas del reino de Meloria, el serviola de una de las naves gritó desde el castillo de proa: «¡Barco por la mura de babor!» Se trataba de una lanchita insignificante, tripulada por dos hombres, un joven y un viejo. Los de la escuadra, más por pasatiempo que por otra cosa, se apoderaron de la lancha; y ya se hallaban dispuestos á dejarla en libertad, cuando el viejo, por darse pisto sin duda, se arrodilló, cruzó las manos en actitud trágica, y con acento declamatorio dijo:

– ¡Ah, caballeros marinos! Haced de mí lo que gustéis, incluso albondiguillas si se os antoja; pero no toquéis á un solo pelo de mi augusto discípulo el príncipe Pipolín, á quien el rey su padre me ha confiado para que dé este paseíto y vaya aprendiendo á bogar.

¿Príncipe dijiste? En menos que se cuenta, estuvo el príncipe Pipolín á bordo de la capitana y fuertemente atado con cadenas, por temor de que en su desesperación intentase suicidarse arrojándose al mar. Con objeto de que no pudiesen llegar á tierra noticias de lo ocurrido y de que la desaparición del príncipe fuese atribuída á un siniestro marítimo, dieron un barreno á la lancha, que se fué á pique, y en ella el viejo preceptor, que pagó así bien caro el haberse dado importancia. ¡Digno castigo á su perversidad! Lleno este requisito, que prueba la previsión de aquellos honrados marinos, las naves turcas hicieron rumbo á Constantinopla.

Ocioso es ponderar la alegría del Gran Turco, así como la perplejidad de sus médicos al regresar la escuadra y conocerse el humanitario resultado de la expedición. Pero los doctores debieron recibir al mismo tiempo (aun cuando se ignora por qué medios de transporte) algún otro rayo de luz del Profeta; pues se personaron sin pérdida de momento ante el soberano y le dijeron:

– Gran Señor, guardaos bien de bañaros por ahora en la sangre de ese príncipe. Las tristezas del cautiverio, la nostalgia de la patria y de la familia, y sobre todo los malos tratamientos de que ha sido objeto á bordo, han emponzoñado su sangre con el humor melancólico. El baño en tales circunstancias, lejos de seros provechoso, podría seros nocivo, hasta el punto de que peligrase la preciosa vida de Vuestra Majestad.

– ¿Luego todo ha sido inútil?, preguntó entre desfallecido y amenazador el Gran Turco, cuyos bríos iban decayendo visiblemente con la enfermedad.

– De ninguna manera, se apresuraron á contestar los doctores. Se trata sólo de un aplazamiento, á fin de asegurar la infalibilidad del remedio. Haced que se empleen con ese joven príncipe los mejores tratamientos, que se le alimente con los manjares más exquisitos, que se vea solicitado á todas horas por las distracciones y halagado por los placeres. Cuando la alegría haya vuelto á su corazón y por sus venas circule una sangre nueva, saludable y vigorosa, entonces, Gran Señor, habrá llegado el momento del baño. ¿No se engordan los cerdos para la matanza? Pues lo mismo.

El Gran Turco hubo de rendirse ante la fuerza de tan sólidos argumentos. Y he aquí que había sonado la hora de entregar á los jefes de la expedición las riquezas que les tenía prometidas bajo su imperial palabra. Al pensar en esto, una duda terrible surgió en la conciencia de aquel justo emperador. Verdad que los marinos habían cumplido fielmente el mandato de traer un príncipe fuera como fuera. ¿Pero no era también verdad que sus malos tratamientos habían contribuído á emponzoñar la sangre del príncipe con el humor melancólico, haciéndose por ello acreedores al más ejemplar de los castigos? ¿Cómo resolver conflicto tan arduo? ¿Podía el soberano faltar á su palabra? Admitir semejante hipótesis, sería no tener siquiera dos dedos de sentido común ni entender una patata de lo que son emperadores. Turquía entera fué testigo de la donación de casi todo el patrimonio imperial, hecha públicamente por el propio emperador á los jefes de su escuadra. ¡Cuántas lágrimas vertieron los corazones sensibles ante aquel acto de inusitada generosidad! Pero tal como hoy quedó hecha la donación, y al otro día se llevó á cabo la confiscación de los mismos bienes por el propio sultán. En cuanto á los marinos, fueron encerrados en lóbregos calabozos de donde no debían volver á salir en todos los días de su vida. Así halló medio aquella conciencia acrisolada de conciliar los deberes del honor con los preceptos de la más estricta justicia. Como se ve, aquel Gran Turco era un hombre que estaba en todo.

También estaban en todo los doctores. Habían éstos conseguido matar dos pájaros de una pedrada. Obtenían, en primer lugar, un aplazamiento preciosísimo por aquello de: «¿En diez años de plazo que tenemos, el asno, el rey ó yo no moriremos?;» y por otra parte, habían contribuído á la salud del Estado denunciando al soberano un crimen de lesa majestad. ¡Mire V. que haber realizado aquellos pícaros pilotos el inverosímil hallazgo del príncipe Pipolín! ¡Y si al menos lo hubiesen tratado bien!... ¡Cómo habían de haber creído los doctores en semejante encuentro al recetar su famoso baño!

II

Pipolín fué instalado en un delicioso pabellón oculto en un bosquecillo de los extensos jardines de palacio, por los que le estaba permitido pasear á todas horas y con entera libertad. Nada tan encantado como aquellos lugares: las brisas del Bósforo, saturadas de sales marinas, se embalsamaban al llegar allí con los aromas de las acacias, los jazmines y el azahar; el ruido del agua de las fuentes y el canto de los pájaros formaban armonías incomprensibles y embriagadoras; reinaba en aquellos verjeles una primavera sin fin, y los ojos podían extasiarse en las más espléndidas lejanías...; en fin, que ni un cuento de hadas. Hay que añadir á todo esto que Pipolín veía satisfechos como por encanto sus menores caprichos: pajaritos volando que se le antojasen, al punto los tenía.

Pero el Gran Turco, á quien todo parecía poco para renovar la sangre del príncipe, ordenó á su hija Rosalinda, hermosísima princesa de diecisiete años, que se consagrase á acompañar á Pipolín. Para dar una idea, aunque muy imperfecta, de la excepcional hermosura de Rosalinda, baste decir que todas esas grandes bellezas sancionadas por la historia, Elena, Raquel, Judit, Semíramis, Eloísa..., etc., etc., habrían parecido caricaturas de almanaques burlescos al lado de la hija del Gran Turco. La mente del más fervoroso poeta musulmán no soñó nunca á las huríes de Mahoma tan hermosas como Rosalinda.

¡Hay príncipes que logran unas gangas!...

¿Quién coloca juntos impunemente el fuego y la estopa?... Sucedió lo que no tenía más remedio que suceder: aquellos dos seres de temperamento apasionado, rebosando de juventud y de vida, se enamoraron perdidamente uno de otro. Mucho contribuyeron sin duda á fomentar esta pasión la intimidad del trato, la absoluta libertad de que disfrutaban, lo poético del sitio, y sobre todo, aquellos cenadores ocultos á todas las miradas y protegidos por las sombras de los árboles... (¡En qué estaría pensando el Gran Turco!)

Pipolín, en un transporte de pasión, se quitó un día un anillo con un diamante como un garbanzo, y lo puso en el dedo de Rosalinda en prueba de su amor eterno y con juramento de hacerla su esposa.

A nadie extrañará que Pipolín llegase muy en breve á no acordarse de su libertad, ni de su patria, ni aun de la madre que lo parió. *Patria ubi bene.*

El Gran Turco, que vigilaba con el interés que es consiguiente el estado de ánimo del príncipe, estrechaba de tal modo á los médicos, que éstos se vieron al fin precisados á declarar que había sonado el momento de darse el baño de sangre.

Rosalinda, modelo de ternura filial y que había aprendido de su madre el arte de la magia, descubrió tan espantoso secreto.

JOSÉ TORRES REINA

(Continuará)

(1) El fondo de este cuento, aunque con importantes variaciones, está tomado de la misma fuente que Perrault puso á contribución para sus famosos *Cuentos de Hadas*, esto es, del *Pentamerone* ó *Cunto de li cunte*, escrito en dialecto napolitano por Giovan Battista Basilio, quien á su vez se inspiró para su obra en el *Cuento de cuentos* de nuestro inmortal Quevedo.

SECCIÓN AMERICANA

LA VIDA ES SUEÑO

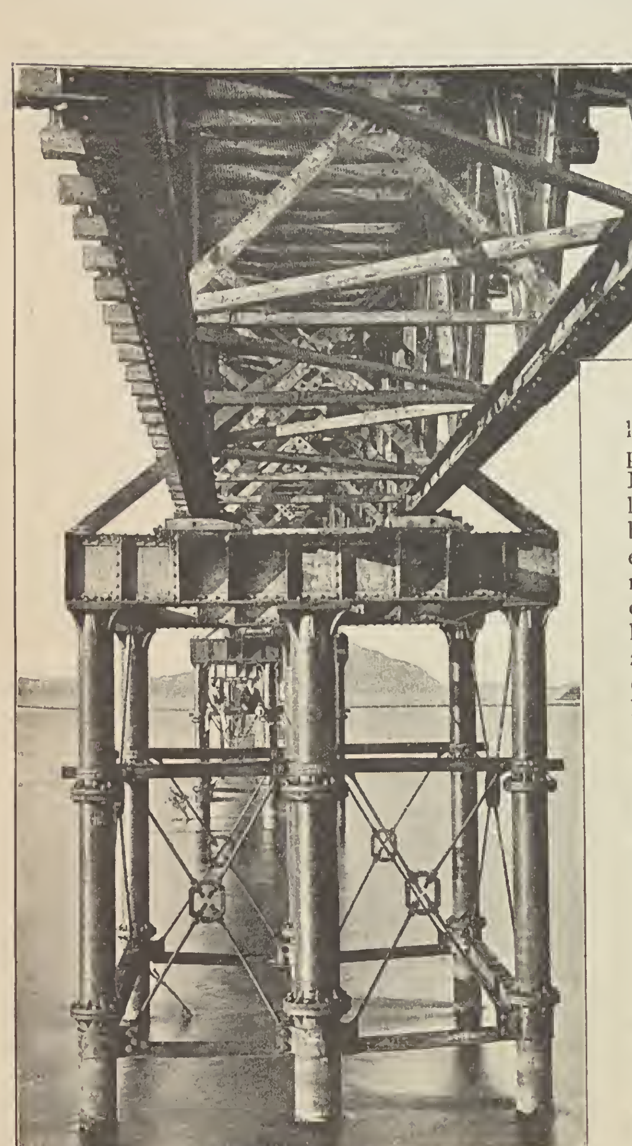
POR N. HAWTHORNE

Sólo de un modo parcial é incompleto es como llegamos á conocer los acontecimientos que tal vez más influencia ejercen sobre nuestra vida presente y porvenir; y hay una infinidad de *cosas*, con perdón sea dicho, que pasan casi rozando con nosotros sin dar resultados inmediatos y palpables que nos permitan sospechar siquiera su proximidad con el más leve rumor, ni la más vaga y tenue sombra, ni el más

PUENTE SOBRE EL BIOBÍO (CHILE), EL MÁS LARGO DE AMÉRICA, TERMINADO EN 1890

ACTO DE LA PRUEBA OFICIAL

De fotografía remitida por D. Horacio Parada, de Concepción



PUENTE SOBRE EL BIOBÍO, VISTO POR DEBAJO
De fotografía remitida por D. Horacio Parada de Concepción

fugaz destello. Pero si pudiéramos conocer todas las vicisitudes de nuestra veleidosa fortuna, pasaríamos la vida oscilando continuamente en un mar agitado de zozobras y esperanzas, de alegrías y tristezas, sin gozar siquiera de un día de paz y tranquilidad. Algunas páginas de la historia de un chico llamado Juan me servirán para desarrollar esta idea, facilitando su inteligencia á quien leyere.

No hace al caso que diga cuyos y quienes eran los padres de nuestro Juan; baste saber que tenía por entonces veinte años, que había nacido en New-Hampshire, que sabía lo que se aprende por lo general en la escuela, que, además, tenía una barnizada de estudios mayores, que á la sazón, esto es, al empezar nuestro relato, iba pedestremente camino de Boston, donde su señor tío, mercader muy acomodado, se proponía iniciarlo en los arcanos de la ciencia de hacer dinero, empezando por instalarlo detrás del mostrador á vender libras de arroz, cuartos de especias, queso, velas, cerillas y demás artículos indispensables para la vida, y que en una tienda de comestibles tienen su natural asiento.

Cansado y quemado del sol, porque andaba desde el despuntar del alba, y era el mediodía de uno de los más calurosos del estío, y excitado además por la frescura y apacible sombra de un cercano bosquecillo, por entre cuyas verdes enramadas corría un manso y claro arroyo, entróse en él, por el bosque digo, á tomar algún reposo. Puso en tierra el morral, dejó caer el bastón, y se tendió cuan largo era bajo de una copuda encina, no sin haber antes apagado la sed en el arroyo, que parecía expresamente formado para aquella necesidad. Poco tardó en quedar profundamente dormido. ¿Soñó algo? Lo ignoro; y aun cuando lo supiera no lo diría, pues nada tiene que ver con nuestra historia, en la cual sólo he de ocuparme de las *cosas* que pasaron á su lado sin ser notadas ni sospechadas siquiera por él.

Ahora bien: mientras arrullado por los abejorros y el murmullo de la fuente y de las hojas dormía nuestro héroe á pierna suelta, otros estaban despiertos y se consagraban á sus ocupaciones ordinarias, é iban y venían por el camino cercano, á pie, á caballo, en coche, cada cual como podía ó más gana le daba. Unos pasaban por las puertas de su *alcoba* sin reparar en él ni en ella; otros la miraban con aire indiferente y no veían á Juan; otros, al hacer alto en él, se sonreían, y no pocos, cuyo corazón rebosaba mala voluntad, hubieran querido hacerle mal de ojo. Llegó su vez á una viuda vaporosa, joven y romántica, la cual, no viendo pasar nadie en aquel momento por el camino real, y sí al mozo que dormía, se detuvo unos instantes á contemplarlo, y lo halló muy de su gusto. Luego vino el presidente de una *Sociedad de temperancia*, y... ¡cosa más natural!, Juan le dió tema para un discurso que pronunció aquella misma noche contra la embriaguez y sus consecuencias, el cual discurso arrancó estrepitosos aplausos á su auditorio. Pero censuras, elogios, desprecios, simpatías, indiferencia, todo era igual para nuestro héroe, es decir, era nada.

Al cabo de media hora de dormir y roncar de la manera profunda y sonora que dejamos referida en los párrafos anteriores, un carruaje que pasaba por la carretera se detuvo casi enfrente del sitio donde se hallaba Juan Habíasele roto un muelle al vehículo, y era indispensable y forzoso ponerlo en estado de proseguir el viaje. La cosa, como se ve, era de poco momento, y así no tardaron mucho en tranquilizarse los que dentro venían, y que eran un comerciante ya entrado en años, cuya firma gozaba en la plaza de Boston de la mayor respetabilidad, y su mujer. Mientras entre un criado y el cochero, provistos de tenazas y destornilladores, hacían la necesaria compostura, la señora y su marido buscaron abrigo contra los rayos del sol á la sombra de los árboles que cobijaban á Juan. Contenidos ambos por el respeto que infunde siempre hasta el más humilde durmiente, procuraron no hacer ruido que lo despertase: ella, recogiendo con cuidado los anchos pliegues de su falda de seda, y él pisando con la mayor ligereza posible de sus piernas, entorpecidas por la edad y el reumatismo.

– ¡Qué bien duerme!, dijo el anciano con envidia. Un sueño como ese, sin necesidad de recurrir al opio, vale un imperio, porque supone salud y tranquilidad.



JESÚS Y LOS NIÑOS, cuadro de D. Enrique Ser (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.)

– Y pocos años, continuó su mujer, dando un suspiro, porque en la vejez aun saludable y tranquila, no se duerme así.

Cuanto más miraban á Juan, más atraídos se sentían hacia él, que, mientras, dormía profundamente, cual si estuviera sobre un colchón de plumas entre sabanas de holanda, en una alcoba cerrada y *confortable*. Y como viese la señora que un rayo de sol hería el rostro de Juan, le cerró el paso, cruzando algunas ramillas, cosa que hizo con solicitud verdaderamente maternal.

– No parece sino que la Providencia nos ha traído aquí para ofrecernos una compensación del cruel desengaño de nuestro sobrino. ¿No le hallas mucho parecido con el pobre Carlos? ¿Quieres que lo despierte?

– ¿Para qué, mujer?, le contestó el interpelado. Ni conocemos su carácter ni sabemos quién es, ni...

– Pero ¿no te dice nada esa fisonomía franca, ese sueño inocente?

Entretanto, ni el corazón de Juan dió un latido más, ni de sus labios salió un aliento de menos, ni en su rostro se reflejó la menor alteración, y sin embargo, la fortuna estaba á dos pasos de él con todas las trazas de querer colmarlo de sus dones.

El comerciante acababa de perder á su hijo único, y no tenía otro heredero de su inmenso caudal sino un sobrino segundo, joven de mala conducta, que lo traía siempre desazonado. No hubiera, pues, sido nuevo ni extraño que á nuestro Juan le cayese la lotería, porque en casos tales, cosas mayores se han visto y más extraordinarias que la de despertarse rico quien se acostó pobre.

– ¿Lo llamo?, repitió la buena señora con voz persuasiva mirando á su marido.

– ¡Ya está listo el carruaje!, gritó el criado desde el camino.

Y ambos se volvieron de repente medio corridos de haber pensado una cosa tan ridícula.

Instaláronse, pues, en el vehículo, y ya no se acordaron más del asunto: la única idea que preocupaba en aquellos momentos al comerciante era la de privar de su herencia á su extraviado sobrino, y fundar con ella un magnífico asilo, adonde se recogiesen todos los mercaderes arruinados de la comarca.

Y Juan mientras ni se movió siquiera.

No había transcurrido un cuarto de hora cuando acertó á pasar por allí cerca una muchacha de hasta diez y seis años, rubia como un sol, esbelta y ligera, y risueña como una mañana de abril; la cual muchacha, sintiendo que se le aflojaba una liga, entró por el bosquecillo, y... cuando ya no tenía remedio el mal, vió á Juan tendido cuan largo era y á dos pasos de distancia. ¡Qué vergüenza! Demás me parece decir, supuesto el pudor de las mujeres en casos tales, cómo se pondría de colorada al verse en actitud tan familiar á presencia de un desconocido. Por fortuna Juan dormía y nada vió; pero con todo, la doncella quiso huir de lugar tan peligroso, é iba á hacerlo cuando advirtió que el joven corría grave riesgo. Es el caso que un abejorro enorme, de esos que á veces suelen causar con sus picaduras grandes males, giraba sobre su cabeza, estrechando el círculo de sus espirales, y con todas las trazas de lanzarse sobre él. Tan buena como sencilla, Margarita, que ya es fuerza darle nombre, se quitó el pañuelo de los hombros y atacó al enemigo, desalojándolo del bosque. ¡Qué cuadro tan encantador! ¡Qué acción tan meritoria! Hecho esto, Margarita volvió á ponerse colorada, y no sin cierta emoción miró de nuevo á Juan, por quien se había batido con un dragón de los aires.

– ¡Qué guapo es!, dijo para sí, dando un suspiro.

Y la joven se alejó con paso tardo.

Ahora bien: el padre de Margarita era una persona muy acomodada, y precisamente por entonces andaba buscando un joven de las cualidades de Juan, para confiarle la administración de una de sus haciendas; y si Juan hubiera trabado conocimiento con Margarita en aquella ocasión, quién sabe si no habría sido él el administrador de la finca, y luego el marido de la niña, única y universal heredera de su su padre. Por segunda vez, como se ha visto, la fortuna, pero una fortuna loca, porque la chica era guapísima y muy rica, se había puesto á dos dedos de Juan, el cual seguía durmiendo como si tal cosa.

Al cabo de un corto espacio entraron por el bosque dos hombres de mala catadura, con más traza de ladrones que de otra cosa. Su objeto era pasar la siesta jugando á las cartas; pero apenas repararon en Juan fueron de otro parecer, y muy quedito se le acercaron para examinarlo mejor.

– ¡Mira!, dijo entonces en voz baja el uno al otro, señalando al morral que le servía de almohada.

El otro hizo un signo de inteligencia, se acercó á su compañero y le contestó:

– Apuesto una botella de aguardiente á que ese chico trae dentro del saco un calcetín con diez ó doce duros á lo menos. ¿Vamos por ellos?

– ¿Y si se despierta?

El interpelado, por toda respuesta, entreabrió la pechera de la camisa y dejó ver el mango de su cuchillo.

Este argumento tranquilizó al escrupuloso, que sin decir palabra se acercó á Juan, y mientras le registraba la almohada, el del cuchillo lo tenía levantado sobre su pecho.

Sus caras, contraídas y pálidas de terror, estaban horribles de ver, y si Juan hubiese abierto en aquel punto los ojos habría creído sin duda alguna que eran dos diablos: ni ellos mismos se hubieran reconocido á verse en un espejo. Felizmente Juan siguió durmiendo, tan reposado y tranquilo como cuando lo hacía en el regazo de su madre.

– Es menester sacar fuera el morral, dijo por lo bajo el que registraba.

– Pues sácalo, que si chista yo le haré callar.

No era posible hacer aquella operación sin despertarlo: la vida de Juan estaba pendiente de un cabello.

En aquel momento entró por el bosque un perro, y al ver á los ladrones lanzó un sordo gruñido.

– Ya no se puede hacer nada, exclamaron, porque el amo del perro no andará muy lejos.

– Echemos, pues, un trago y vámonos.

Y el del cuchillo lo escondió en la pechera, sacó un frasco, bebió y lo pasó á su compañero: hecho esto se alejaron del sitio, riéndose del crimen frustrado. De allí á poco ya no se acordaban de ello; pero el ángel de la Memoria los tenía presentes para dar testimonio contra sus almas en la eternidad.

Por su parte, nuestro héroe seguía durmiendo como antes, sin saber por supuesto que las alas de la muerte le habían dado sombra durante algunos momentos.

Hemos dicho que dormía como antes, pero no es exacta la frase; dormía, es cierto, mas no tan tranquilamente; que ya llevaba una hora bien cumplida de sueño, y esto había reparado el cansancio de las de su viaje á pie y al sol por la carretera: dormía, pero cambiando á cada rato de postura, murmurando palabras incoherentes, hablando tal vez con las figuras que veía en su imaginación. El ruido de una diligencia que se acercaba lo despertó por completo, y entonces, enteramente dueño de sus ideas, gritó al mayoral si tenía lugar para un viajero.

– En la rotonda, le contestó, y detuvo el carruaje.

Juan tomó posesión de su asiento, y sin decir adiós á la fuente, testigo de tantas y tan diversas vicisitudes, siguió alegre y satisfecho el camino de Boston. Ignoraba que un fantasma de fortuna había reflejado en ella su dorada faz, que un fantasma de amor había confundido sus suspiros con su murmullo, y que un fantasma de muerte amenazó enrojecerla con su sangre; todo esto en el corto espacio de una hora... de sueño.

La verdad es que ni dormidos ni despiertos nos es dado advertir la proximidad de esas *cosas* que pasan casi rozando con nosotros, sin dar resultados inmediatos y palpables; pero no lo es menos, y esta es una de las mejores muestras de la Providencia, que mientras tantas *cosas* invisibles é inesperadas vienen á obstruir continuamente el camino de la vida, ella sea, sin embargo, capaz todavía de permitirnos prever otras muchas para nuestro bien.

TRADUCIDO POR JUDERIAS BÉNDER

NUESTROS GRABADOS

Un rabino, dibujo á la pluma por D. José M. Marqués. – Aunque el género que con predilección cultiva nuestro distinguido colaborador es el paisaje, cuando se decide á dejar el estudio de la naturaleza por el de la figura humana sabe obtener con el lápiz, la pluma ó el pincel efectos tan hermosos, como los que han podido admirar nuestros lectores en el *San Francisco*, en el retrato del Sr. Ríus y Taulet y en otros trabajos de esta índole que en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA hemos publicado. *Un rabino* es una nueva demostración de ello; en este dibujo se ve cuán naturalmente ha corrido la pluma sobre el papel, fijando en rasgos, ora vigorosos y acentuados como los del ropaje, ora sutiles y apenas perceptibles como los del rostro, un tipo bien concebido, en el cual la vida y la expresión corresponden á lo correcto de la factura.

Este dibujo es un estudio que hizo Marqués para el cuadro que figura en nuestra actual Exposición general de Bellas Artes, y en el que los acertados toques de color añaden nuevos atractivos á las cualidades apuntadas.

* * *

Atenas. Nuevo palacio para Exposiciones (Zappeion). La Universidad, obra del arquitecto dinamarqués Hausen. De fotografías. – El sentimiento artístico que tantas maravillas creara en la antigua Grecia no ha sido todavía vencido, ni es fácil que lo sea, en esa lucha incesante que hasta en las esferas del arte empuja hacia la evolución y hacia el progreso. Y es que lo verdaderamente grande se perpetúa, sin que las grandezas de hoy hagan palidecer el brillo de las grandezas de ayer: el Acrópolis y el Partenón, á pesar de los estragos en ellos causados por el tiempo y por la mano del hombre, son aún el asombro de la generación presente, como lo fueron de las pasadas, y los arquitectos modernos se afanan, cual los de otras edades se afanaron, por copiar aquellas líneas, tan hermosas en su clásica sencillez, y por imitar las proporciones y la armonía que en los monumentos de la Hélade nos encantan.

Así vemos en la ciudad artística por excelencia de nuestros tiempos, en Munich, reproducidas unas y otras en las *Pinacotecas* y en la *Glyptoteca*, que tantos tesoros encierran, y así en la actual Atenas, en el Palacio para Exposiciones que los atenienses deben á la munificencia de un conciudadano, y en la Universidad, que ha construído un arquitecto dinamarqués, M. Hausen, resultan en su conjunto y en sus detalles las magnificencias del siglo de Pericles. Uno y otro acusan en su plano general, en su distribución, en la pureza de líneas y en su ornamentación un conocimiento tan profundo y tan concienzudo del antiguo arte arquitectónico helénico, que más que construcciones de planta parecen reconstrucciones de viejas fábricas llevadas á cabo por pacientísimo arqueólogo á fuerza de investigaciones y estudios y de desenterrar fragmento por fragmento y piedra por piedra, columnas, capiteles, frisos, estatuas y pedestales, devolviéndoles su pristina forma y distribuyéndolos y agrupándolos conforme á planos originales milagrosamente conservados al través de tantos siglcs.

* * *

La Lisette de «El legatario universal,» lienzo destinado al vestíbulo del teatro del Odeón (París) – Pintura de G. Courtois, grabado por Baude. – Finura, delicadeza, elegancia, dominio del natural, cuidado exquisito de los menores detalles, tales son las cualidades de este cuadro y las que más caracterizan á su autor. El tipo de Lisette de *El legatario universal*, comedia de Regnard estrenada en París en 1708, está tan bien concebido que á buen seguro no soñó el ilustre escritor intérprete más perfecto del personaje de su obra. ¡Cuántas cosas dice aquel rostro expresivo, animado por picaresca sonrisa y embellecido por unos ojos capaces de volver el juicio al hombre más sesudo! ¡Cuán natural es la actitud de aquella figura negligentemente recostada en la puerta! Y si de la composición pasamos á la ejecución, habremos de confesar que en tan sencillo asunto el lápiz y el pincel han realizado maravillas de gracia y de colorido, trazando líneas de corrección intachable y derramando matices y sombras distribuídas con irreprochable acierto.

* * *

El nuevo puente sobre el Biobío (Chile). Acto de la prueba oficial. – El puente visto por debajo. De fotografías remitidas por D. Horacio Parada, de Concepción. – Sobre el Biobío, que es el más importante de los ríos de Chile, y no lejos de la ciudad de Concepción, existía un puente destinado al servicio de los ferrocarriles del Estado, que quedó destruído á consecuencia de un descarrilamiento de un tren de mercancías, ocurrido en la noche del 26 de Aril de 1889. En sustitución del puente antiguo, el gobierno mandó construir el que se inauguró el año pasado y que nuestros grabados reproducen. Es indudablemente el más largo de América, pues mide una longitud de 1.890 metros, y las obras de fábrica en él practicadas son importantísimas.

De los grabados que publicamos, el primero representa el acto de la prueba oficial, practicada por el intendente de Concepción D. José A. Vargas Novoa; el segundo es la vista del puente mirado por debajo.

* * *

Jesús y los niños, cuadro de D. Enrique Serra (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, 1891) – Cuando el autor lo expuso en su taller de Roma, este cuadro alcanzó un éxito ruidoso, hizo fanatismo, como dicen los italianos, y desde el Papa y la Reina hasta las más humildes gentes del pueblo, todas las clases sociales de la capital de Italia desfilaron ante él y unánimes convinieron en que nuestro paisano había alcanzado un nuevo título á la fama que tan bien cimentada tenía en el mundo del arte.

Vino el cuadro á Barcelona, y los compatriotas de Serra, que ansiosos esperaban confirmar con el suyo el juicio que á los extranjeros había el lienzo merecido, vieron defraudadas sus esperanzas, pues el cuadro fué inmediatamente instalado en el domicilio de la distinguida familia por cuyo encargo había sido pintado. Afortunadamente, con motivo de la Exposición de Bellas Artes han quedado satisfechos los legítimos deseos de los aficionados á la pintura, que hoy pueden contemplar á su sabor esa joya del arte español contemporáneo.

¿Qué diremos de esa obra en que una vez más se ha revelado el genio de Enrique Serra, de esa composición tomada de una de las más delicadas páginas del Nuevo Testamento, fuente inagotable adonde han acudido en busca de inspiración cuantos han querido hallar ancho campo para las manifestaciones de la fantasía y del sentimiento? *Jesús y los niños* no es un cuadro que se preste al análisis: en su presencia el ánimo se siente impresionado ante el conjunto, y la fuerza misma de esta impresión hace que las distintas partes componentes del todo, con ser muy importantes, aparezcan como elemento secundario.

Serra puede estar satisfecho: á los entusiastas aplausos del extranjero se han juntado ahora los aplausos de su patria, no menos entusiastas é indudablemente mucho más cariñosos.

EL MARIDO DE JACOBITA

NO ELA ORIGINAL DE ANDRÉS THURIET, ILUSTRADA POR L. MAROLD

(CONTINUACIÓN)



Y vieron junto á la barrera el coche que la señorita de Noirel había enviado...

Al ver al amigo de Rogerio, Jacobita sintió latir su corazón; y parecióle imponente el aspecto de aquel caballero cuyo frac negro realzaba sus formas elegantes y cuyo blanco chaleco sentaba muy bien en su ancho pecho. Hasta parecióle que su calvicie le comunicaba cierta seriedad y distinción, y solamente la idea de que se lo presentaran la impresionó profundamente.

– Mire usted, dijo Rogerio á Gurgis, de aquellas dos señoras que visten de blanco y están sentadas en un ángulo junto á la palmera, la más joven es mi hermana.

Gurgis colocóse el monóculo y miró en la dirección indicada; á primera vista, la señora de Longeaux, con su vivacidad, su gracioso tocado y su esbeltez, parecióle la más joven; así es que dignándose apenas mirar á la dama morena, coronada de violetas, fijó toda su atención en la rubia, que le produjo un efecto agradable.

– ¿Qué le parece?, preguntó Rogerio con cierta inquietud.

– Muy bien; á decir verdad, no deja de tener encanto.

– Me alegro mucho de que le agrade, repuso el señor de Noirel, aunque algo sorprendido de la indulgencia de su compañero... Voy á saludar á esas señoras para advertirles nuestra llegada... Espéreme usted en esta puerta; volveré á buscarle de aquí á pocos minutos.

Así diciendo, atravesó entre la multitud de fracs negros y fué á saludar á las dos amigas. Después del cambio de cumplidos y de apretones de mano, inclinóse hacia su hermana y murmuró:

– El amigo de que te hablé, el señor Gurgis, está aquí... Ya te ha visto, y la primera impresión ha sido buena... ¡Sé amable!

Y se alejó de su hermana, observando con enojo que se sonrojaba mucho y que esto obscurecía más su tez. A los pocos minutos reunióse con Gurgis.

– ¡Venga usted!, le dijo, y como si tuviera un escrúpulo, añadió: sobre todo, que no haya error; mi hermana es la que está sentada más cerca de la palmera.

Gurgis apeló nuevamente á su monóculo para mirar á las dos damas, á fin de asegurarse de la identidad de su futura novia; mas en aquel momento, un grupo de convidados le impidió ver la fila de asientos en donde aquélla estaba; íbase á bailar un rigodón, y fué preciso esperar á que terminase para atravesar la sala de baile. Cuando pudieron abrirse paso entre la multitud, resultó que la señorita de Noirel y su amiga, que acababan de bailar, habían cambiado de sitio; de modo que la de Longeaux hallábase ahora sentada junto á la palmera.

– Señoras, comenzó á decir Noirel, permítanme presentarles á uno de mis buenos amigos, el señor Antonio de Gurgis, agregado del Ministerio de Estado... Amigo mío, añadió, la señorita de Noirel, mi hermana, y la señora de Longeaux, su amiga.

Gurgis se inclinó ante las dos jóvenes, pero reservando sus saludos más amables para la de Longeaux, en la que veía decididamente la mujer con quien querían casarle. Era tan vivaracha y parecía tan joven, que no le ocurrió ni un momento que pudiera estar ya casada; la otra, por el contrario, con sus espesas cejas, su color moreno y su pesada corona, respondía demasiado bien á la idea que se había formado de un rodrigón para que no persistiese en su error. Por otra parte, la señora de Longeaux, aficionada á coquetear y que se proponía halagar al pretendiente, habló la primera, preguntando al señor de Gurgis qué impresiones podía producir en un parisiense un baile de provincia. Entablada la conversación, la señorita de Noirel, sumamente impresionada, no hacía más que abanicarse y sonreir torpemente, y aunque Rogerio se esforzaba para hacerla tomar parte en aquélla, solamente respondía con raros monosílabos, bajando la vista. El señor de Gurgis, por lo demás, no hacía de ella el menor caso; sus miradas y cumplidos eran para la señora de Longeaux, que muy vivaracha, contestábale á todo alegremente. El señor de Noirel puso término á la conversación, advirtiendo que iban á dar las once; el agregado expresó el sentimiento que esta noticia le causaba, y después de despedirse, los dos parisienses bajaron al guardarropa á buscar sus pardesús y subieron en un coche que los condujo directamente á la estación del ferrocarril.

El señor de Noirel permanecía silencioso, porque no estaba nada contento del éxito de su hermana y temía á cada instante que su compañero le anunciara que prefería decididamente permanecer soltero. Por lo mismo fué más agradable su sorpresa cuando Gurgis le dijo, estrechándole la mano:

– Mi querido Noirel, estoy muy contento del buen rato que acabo de pasar, y le agradezco sinceramente que haya pensado en mí respecto á su señora hermana... Es sencilla, natural y amable... Si yo no la desagrado mucho, me honrará aceptándome por esposo... Ya tiene usted mi palabra, y el enlace se verificará cuando usted guste.

Aunque esta declaración complacía mucho á Rogerio, en su interior sentía cierta inquietud, y preguntóse de nuevo si Gurgis habría tomado una persona por otra y si su honradez no le obligaba á evitar todo error, insistiendo con más precisión sobre la identidad de la joven, que había seducido al agregado; mas el temor de perjudicar á su hermana triunfó de este primer impulso generoso, inspirando á Noirel reflexiones más egoístas. «Después de todo, pensó, yo le había advertido lo bastante; si hay *quid pro quo*, no será por culpa mía; y por otra parte, aun suponiendo que se haya engañado, el error le saldrá á la vista cuando vaya á visitar á mi hermana á Val-Dormant. Entonces, si se arrepiente, le será posible decidirse.» Este argumento, más especioso que leal, le indujo á no precisar nada más; y con una reserva del todo diplomática limitóse á decir que se daría por contento si todo se arreglaba á gusto de ambas partes.

– Sin embargo, añadió, siendo el matrimonio un asunto muy serio, importa que reflexionemos detenidamente cada cual por nuestra parte antes de comprometernos formalmente. No he tenido tiempo de interrogar á mi hermana esta noche, y no conozco sus sentimientos; pero mañana le escribiré, y si su contestación es favorable, entonces, amigo mío, arreglaremos el asunto, y nadie se alegrará más que yo de que tan felizmente termine.

II

No se hizo esperar largo tiempo la contestación de Jacobita, la cual no ocultó á su hermano que el señor Gurgis la intimidaba y le parecía algo maduro; pero que en suma, atendidos sus buenos modales, su talento y distinción, se honraba mucho con el paso que había dado y le invitaba á ir á Val-Dormant, donde se complacería en recibirle con Rogerio.

Al señor Gurgis le agradaba redondear pronto los asuntos; impaciente por recibir cuanto antes su nombramiento, y enemigo además del campo, agradábale poco ir dos veces á Val-Dormant, una para hacer la corte y otra para casarse. Apenas el señor de Noirel le dió conocimiento de la misiva de su hermana, dijo que consideraba aquella respuesta como una aceptación tácita, y suplicó á su futuro cuñado que apresurase las cosas de la manera más conveniente para abreviar el tiempo de prueba á que se le quería someter. En cuanto á él, añadió, habíase anticipado ya, tenía sus papeles corrientes y deseaba que las amonestaciones se publicaran lo más pronto posible.

Para descargar su conciencia, Rogerio hizo alguna prudente objeción; mas ante las instancias de Gurgis, pensó haber cumplido estrictamente con su de-

ber, y escribió á su hermana para manifestarle los justos deseos de su futuro. Jacobita, puesta así entre la espada y la pared, pasó por todo, y en su consecuencia se publicaron las primeras amonestaciones. El novio había remitido ya á la joven un enorme ramo de rosas y lilas, con una galante epístola, por haber comprendido su impaciencia, anunciando al mismo tiempo su próxima llegada. Los envíos de flores se siguieron de dos en dos días, y después, una mañana antes de la fecha señalada, Rogerio y Gurgis emprendieron la marcha hacia Val-Dormant.

Durante el trayecto, los papeles cambiaron aparentemente: Gurgis se mostró muy expansivo; su suerte se había decidido, el matrimonio le atemorizaba menos, y pensaba con cierto placer que iba á ser comprendido en la primera promoción. Noirel, por el contrario, parecía preocupado, y preguntábase con cierta confusa sensación de malestar qué resultaría de la primera entrevista de los dos novios. Si Gurgis era víctima de un *quid pro quo*, como lo temía, y si realmente tomó á la señora de Longeaux por Jacobita en el baile de Dijón, ¿qué cara pondría al reconocer su error? El agregado, á decir verdad, era bastante filósofo y además ambicioso; mas por filósofo que sea un hombre y por mucho que le halague la expectativa de un consulado, estas sorpresas son de aquellas á que no se resigna uno fácilmente, y que nunca se perdonan. Gurgis podía enfadarse, recriminar, dar escándalo; y en tal hipótesis, ¿cuál sería la situación de la pobre señorita de Noirel?... Además del digusto producido por haber fracasado el matrimonio, la joven tendría la mortificación de ser objeto de las hablillas del país. Rogerio comenzaba á experimentar un remordimiento, diciéndose que para ser diplomático había obrado con deplorable ligereza... «Felizmente, decíase para consolarse, tengo á Gurgis sujeto por su consulado, y esto me permitirá humillarle si es demasiado díscolo.»

A la caída de la tarde, apeáronse los dos amigos en la estación más próxima á Val-Dormant, y vieron junto á la barrera el coche que la señorita de Noirel había enviado para los viajeros: era una venerable berlina pintada de verde aceituna y forrada en el interior de terciopelo amaranto; dos caballos de labor constituían el tiro, y en el pescante estaba un cochero de blusa, cubierta la cabeza con un sombrero viejo. Al ver aquel antiguo vehículo, que databa por lo menos del reinado de Luis XVIII y cuyo estribo de varios peldaños facilitaban mal la subida, Gurgis frunció ligeramente el entrecejo, dejando vagar en sus labios una sonrisa irónica, que Rogerio sorprendió al vuelo.

– No es muy cómodo que digamos, dijo en tono de broma; pero amigo mío, estamos en un país de costumbres sencillas, donde se rinde culto á las antigüedades y se persiste en conservar las costumbres, aunque sean molestas... Por otra parte, mi hermana sale tan poco, que nunca ha pensado en renovar sus trenes.

Con ayuda del mozo de la estación, el cochero pudo cargar los cofres y las maletas de los dos amigos en la trasera de la berlina, sujetándolos por medio de cuerdas laboriosamente anudadas; después dió un latigazo á los caballos y el coche partió.

Tocaba á su fin el mes de marzo, estación detestable en aquel país montañoso y cubierto de bosque; durante parte del día, una lluvia glacial había llenado de agua los barrancos, inundando el camino, y las ruedas del carruaje se hundían pesadamente. Bajo un cielo nebuloso, de color plomizo, la luz del día que declinaba reflejábase en las charcas formadas en los surcos de las ruedas, y veíase un largo camino semejante á una inmensa faja, extendiéndose entre campos pedregosos que encuadraban á lo lejos obscuros linderos de bosque. El vehículo crujía, las ruedas rechinaban y un viento huracanado silbaba contra las portezuelas, introduciéndose por los intersticios de los vidrios mal unidos.



¿Pero si no me caso..., seré cónsul?

– ¡Brr!, murmuró Gurgis, tapándose con un capote; hace fresquito en este país, amigo Noirel.

– Sí, contestó Rogerio á manera de excusa, el clima es un poco áspero.

– El clima... y el paisaje también... En fin, ya nos calentaremos en el castillo.

En la imaginación de aquel parisiense, que no había ido nunca más allá de Versalles y Fontainebleau, el término «castillo» suponía todo un conjunto lujoso y mundano: verja monumental de hierro, flanqueada por los cómodos pabellones del jardinero y del conserje; avenida graciosamente enarenada, con mecheros de gas de trecho en trecho; prados, estanques en que se reflejaba una fachada de estilo Luis XIV, cuyas líneas de ventanas iluminábanse al cerrar la noche, y lacayos de calzón corto en el peristilo que conducía al gran salón con sus brillantes chimeneas. Gurgis hubo de rebajar mucho de todo este conjunto cuando, al salir de Champlain, Rogerio abriendo una de las ventanillas del coche mostróle la vaga silueta del castillo destacándose bajo un cielo más claro.

– Eso es Val-Dormant, dijo.

– ¿Dónde está?, preguntó Gurgis, abriendo los ojos cuanto le fué posible.

– A la derecha, en el bosque... allí donde apuntan aquellas dos torrecillas en forma de apagaluces.

– ¡Ah!... Muy bien... ya lo veo, balbuceó Gurgis, completamente desilusionado.

Peor fué cuando el coche, después de franquear penosamente las rampas de la cuesta, pasó entre dos pilares de piedra gris, y se internó, tambaleándose, en la obscura avenida de los pinabetes. Unas veces las ruedas pasaban sobre grandes piedras, y otras se hundían en barrizales, de los que saltaban las gotas de cieno, aplastándose contra los vidrios de la berlina.

– ¡Diablo, exclamó Gurgis con cierta inquietud, no se ve nada y no extrañaría que el coche volcara en algún barranco!

– No tenga usted cuidado, replicó Noirel afectando una alegría nerviosa, Santiaguillo es prudente y, como los gatos, ve de noche.

Al fin el coche salió de las tinieblas; los caballos, husmeando la cuadra, comenzaron á trotar, y muy pronto los viajeros se detuvieron ante una fachada con gradería desnuda, á cuyo pie veíase una sirvienta con un farol en la mano.

– ¿Es usted el señor Rogerio?, preguntó la aldeana con el acento lánguido propio del país.

– Sí, Catalinilla, somos nosotros, contestó Noirel, abriendo la portezuela y ayudando á su compañero á bajar.

– ¡Gracias á Dios!... Os habéis retardado un poco, y la señorita comenzaba á inquietarse... Ahora está en el salón esperando á ustedes.

Gurgis, siguiendo á Rogerio, penetró en un espacioso vestíbulo, con pavimento de baldosas blancas y negras, iluminado por la débil claridad de una lamparilla colocada sobre una consola. En aquella semiobscuridad distinguíase á la derecha una escalera de piedra que conducía al primer piso; las paredes estaban empapadas de humedad, y al entrar allí sentíase un vaho glacial que se metía hasta los huesos. La criada abrió la puerta y gritó con su voz más chillona:

– ¡Señorita, aquí están los señores!

El salón, sombrío y de techo alto, no estaba iluminado aún más que por la reverberación de la chimenea, donde chisporroteaban algunos leños. Bien fuera por timidez ó por coquetería, la joven había escogido para la primera entrevista aquella luz dudosa en la que la escasa claridad del crepúsculo y el resplandor del fuego comunicaban un carácter de misteriosa vaguedad á las cosas y las personas.

– Buenas tardes, señores, dijo la señorita de Noirel con mucha cordialidad, vengan ustedes á sentarse. Sin duda estarán rendidos.

Al oir aquella voz, muy dulce, aunque algo temblorosa, el señor de Gurgis se estremeció, y luego, escudriñando con la mirada la penumbra del salón, vió en un ángulo la confusa silueta de una mujer joven que en nada se parecía á su interlocutora del baile de la prefectura.

En el mismo instante Catalinilla entró con la luz; el señor de Noirel se había acercado á su hermana para abrazarla y atraíala hacia su compañero de viaje.

– Mi querido Gurgis, comenzó á decir, no necesito presentar á usted á mi hermana... Y hasta creo que al punto á que han llegado las cosas no hay inconveniente en dar un abrazo á su futura...

Gurgis pudo reconocer perfectamente que aquella futura no era en modo alguno la vivaracha rubia del baile, sino la robusta morena coronada de violetas, á la que apenas había mirado. Entonces torció el gesto y en sus ojos se reveló un repentino asombro; pero como tenía demasiada educación para manifestar su contrariedad, inclinóse, tomó la mano de Jacobita, depositó en ella un frío beso, é irguióse murmurando algunas palabras corteses, después de lo cual reinó profundo silencio en la sala.

Rogerio había observado la alteración de la fisonomía del novio; comprendió que era inminente una explicación, y para evitar que se diera delante de su hermana, apresuróse á cortar por lo sano.

– Amiga mía, dijo, Gurgis y yo necesitamos sacudir el polvo del viaje y arreglarnos un poco... Permítenos que te dejemos sola un momento, y di á Catalinilla que nos conduzca á nuestras habitaciones.

– Ciertamente, contestó la señorita de Noirel, tirando del cordón de la campanilla; no comeremos antes de las siete, y les quedará bastante tiempo para cambiar de traje... Catalinilla, añadió, dirigiéndose á la criada que acababa de entrar, conduce al señor Gurgis y á mi hermano á sus aposentos, y cuídate de que el fuego de las chimeneas arda bien... ¡Hasta luego, señores!

Gurgis se inclinó de nuevo, y al volverse para seguir á Noirel pasó junto á un velador en el cual pudo ver su último ramo, que se ostentaba en un jarrón de cristal azul.

Aquel ramo acrecentó más su irritación latente, y reprimiendo la cólera franqueó la escalera del primer piso, acompañando á Rogerio hasta su habitación. Después, cuando Catalinilla hubo desaparecido, plantóse delante de su compañero con los brazos cruzados, los labios oprimidos y la mirada furibunda.

– Oiga, señor Noirel, dijo, dando al fin libre curso á su enojo, ¿se burla usted de mí? ¿Se trata de una broma ó de una apuesta? ¿Es realmente hermana de usted la persona que acabo de ver?

– ¿Por qué me pregunta usted eso?, replicó Rogerio sin desconcertarse. ¿No se la presenté la otra noche en el baile?

– Usted me presentó dos damas, repuso Gurgis descomponiéndose; una bastante bella, y otra de la



Mi querido Gurgis, no necesito presentar á V. á mi hermana...

cual no diré nada por política .. No se me ocurrió ni un momento dudar de que la más linda era la señorita de Noirel.

– Permítame usted, no exageremos... Si usted se ha equivocado, no ha sido por falta de advertencia... y hasta recuerdo que para evitar todo *quid pro quo* le precisé el sitio que mi hermana ocupaba junto á una palmera.

– ¡Diantre de palmera!... No ha servido más que para embrollarme, y la prueba es que durante todo el tiempo hablé con la rubia, sin cambiar tres palabras siquiera con la persona que abajo nos espera... Esto solo debiera haber hecho comprender á usted mi equivocación, y habría sido leal advertirme cuando vió que yo me engañaba....

– ¿Cómo podía yo suponer semejante cosa?... ¿No le dije á usted que mi hermana era morena?, replicó Noirel con aplomo.

– ¿Morena?... ¡El diablo me lleve si recuerdo que me haya usted dado tal detalle!

– ¡Lo siento mucho!... Mas en el punto en que están las cosas, no veo medio de remediar esta mala inteligencia.

– ¿Se chancea usted?... Hay error sobre la persona, y por lo tanto retiro mi palabra.

– No me chanceo, repuso Noirel con sequedad; usted solicitó la mano de mi hermana; á pesar de mis consejos, obró con una precipitación poco juiciosa; ahora están publicadas las amonestaciones, y si usted se desdice, no me quedaría más remedio que pedirle satisfacción de ese rompimiento injurioso.

– ¡Alto aquí, caballero!, exclamó Gurgis exasperado. Como usted guste... ¡Desde ahora estoy á sus órdenes!

– Amigo mío, replicó Noirel, usted se arrebata, y la cólera es mala consejera... Cuando uno de nosotros haya recibido una estocada, ¿habrá usted ganado algo? Reflexione que su nombramiento no está firmado aún, y que de mí depende que lo firmen. Pregúntese si no será mejor, en su interés propio, no promover un escándalo, aceptar una posición muy honrosa, y casarse con mi hermana, que es una excelente joven. La belleza corporal es poca cosa; al cabo de ocho días de matrimonio olvidará usted las facciones irregulares de su mujer para no ver más que sus buenas cualidades... Yo le aseguro á usted que las tiene, y verdaderas, sin contar que es joven, fresca y sana como la fruta más hermosa... Vamos, Gurgis, veo que está usted en malas disposiciones para tomar una determinación tan grave... Tómese usted tiempo para reflexionar, y hasta que lo haya hecho mantengámonos en el *statu quo ante bellum*... Mañana á primera hora, si lo tiene á bien, trataremos el asunto con calma... Solamente le ruego que por esta noche disimule su mal humor, á fin de que mi hermana no se percate de cosa alguna durante la comida...

En toda discusión, como es sabido, el que conserva la calma tiene una ventaja decidida sobre el otro; y á pesar de su irritación, Gurgis sintió que los argumentos de Noirel penetraban como una ducha fría en su cerebro enardecido: poco á poco recobró la reflexión: habíanle hecho caer en un lazo; esto era positivo, pero debía escapar de él, y en esto comenzaban las dificultades prácticas. En su indignación, Gurgis juraba no permanecer un cuarto de hora más en Val-Dormant, pero al pensar en los medios de ejecución, érale forzoso reconocer que el castillo estaba á tres leguas de la estación más próxima, y que á menos de caminar á pie, lo cual le hacía muy poca gracia, no podía obtener más coche que aquel en que había venido. Ahora bien: aun suponiendo que lo pusieran á su disposición, era muy tarde, y los caballos estarían demasiado rendidos para que le fuese dado marchar inmediatamente. En su consecuencia, no había más remedio que diferir la partida hasta la mañana siguiente, y por lo tanto aceptar aquella noche la mesa y la hospitalidad de la señorita de Noirel. En tales condiciones, la necesidad le obligaba á disimular su mal humor y á bajar á comer en compañía de aquel Rogerio traidor, conduciéndose de manera que no ofendiese el amor propio de la señora de la casa.

Mientras se entregaba á estas penosas reflexiones, Rogerio abría su maleta con aire indiferente, sacaba ropa blanca y otro traje, y comenzaba á vestirse. Al desempaquetar sus peines y cepillos volvió la cabeza para mirar al meditabundo Gurgis.

– Vamos, le dijo, ¿qué decide usted?

– Nada, contestó el agregado, dejando escapar un suspiro, esperaré el día de mañana y me aguantaré hasta entonces.

– ¡Corriente!... En tal caso, apresúrese usted á cambiar de traje, porque ya son las seis y media.

A las siete bajaron al salón, donde ya esperaba la señorita de Noirel en compañía de un recién venido, el cura de Champlain, eclesiástico de media edad, redondo como una manzana y de semblante rollizo. Al ver aquel cuarto convidado, Gurgis sintió cierto alivio, pues la presencia del sacerdote impedía que la comida tuviese un carácter demasiado íntimo, debiendo mantenerse la conversación en un tono trivialmente ceremonioso, lo cual tranquilizaba más á Gurgis. Apenas fueron presentados al cura los dos parisienses, pasaron todos al comedor.

Esta habitación, como el vestíbulo, tenía el pavimento de baldosas negras y blancas, con una estera debajo de la mesa. En un nicho de estuco, una estufa de loza azul, encendida á última hora, caldeaba muy medianamente la atmósfera helada; las paredes estaban revestidas de un papel verde con adornos que figuraban canastillas de flores pintadas en cada uno de los tableros divididos por columnas igualmente floridas; un barómetro de madera dorada, puesto sobre una consola entre las dos ventanas con cortinillas de cretona; un aparador cargado de vajilla, y en el centro de cada división de la pared astas de ciervo alternadas con cabezas de corzo, constituían el único y frío decorado de aquella estancia, que produjo en Gurgis el más desagradable efecto. El mantel adamascado deslumbraba por la brillantez que en él sacara la plancha; el servicio de porcelana blanca era sencillo como el de una mesa redonda, y los platos estaban colocados sobre calentadores de plaqué, cuyo plateado dejaba ya ver, por efecto del uso, el color rojizo del cobre. Dos lámparas en forma de urna iluminaban lúgubremente aquella estancia demasiado grande, y todo este conjunto tenía un aspecto rústico deplorable que repugnaba al parisiense. Sentado á la izquierda de la señorita de Noirel, que tenía al cura á su derecha, examinábala á hurtadillas mientras servía á los convidados. Llevaba un vestido de casimir gris con nudos y cintas de color pensamiento, y este traje de medio luto no favorecía seguramente el físico de la joven, cuyos cabellos rebeldes al peine que quiso alisarlos se escapaban en rústicos y nada graciosos mechones. A Gurgis le pareció la dama demasiado corpulenta y con exceso varonil, y al ver sus manos coloradas, decíase para sus adentros que jamás podría acostumbrarse á semejante figura. La señorita de Noirel, adivinando que la observaban, sentíase turbada y cometía más torpezas que nunca. La comida era abundante; pescado, caza, pastel con gelatina, conservas de legumbres, todo en excesiva abundancia. Los vinos de Borgoña eran rancios y de primera clase, pero precisamente Gurgis no bebía más que Burdeos, á causa de aquejarle un principio de gota; de modo que se mostró insensible al aroma del Chambertin. A pesar de la ruda alegría del cura y de los chistes de Rogerio de Noirel, que hacía todos los esfuerzos imaginables para animar la conversación, ni una sola sonrisa entreabrió los labios del parisiense, y la comida le pareció interminable.

TRADUCIDO POR E. L. VERNEUILL

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

PURIFICACIÓN DE LAS AGUAS PARA LA ALIMENTACIÓN DE LAS POBLACIONES

LA FILTRACIÓN

Necesidad de la purificación artificial de las aguas. – Las exigencias cada vez mayores de los habitantes de las poblaciones en lo que á las aguas potables se refiere y los trabajos de los higienistas demostrando la importancia de la pureza de las mismas y los peligros que ofrecen ciertas aguas contaminadas, aunque en apariencia puras, han despertado gran interés hacia el problema de la alimentación de las ciudades. Para satisfacer las necesidades de éstas se echa mano en primer lugar de los recursos naturales, como manantiales, capas subterráneas; pero tales medios no bastan en las poblaciones grandes ó en las que están mal situadas.

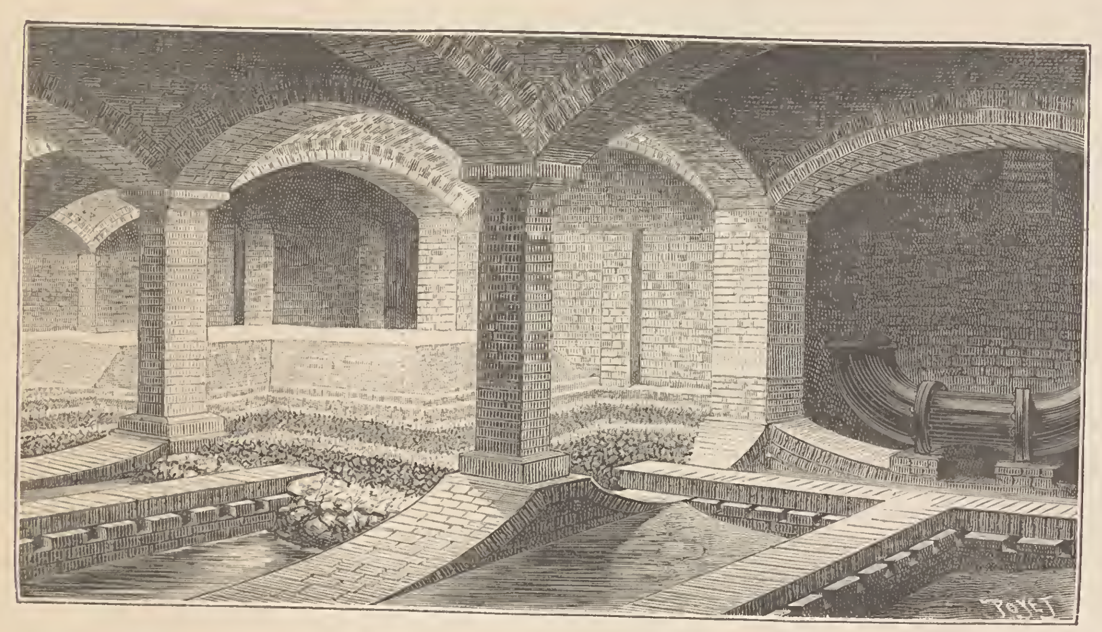


Fig. 1. Sistema de filtros establecidos en Varsovia, por M. Lindley

Las costumbres de la población pueden facilitar en alto grado la solución del problema: Amsterdam, por ejemplo, se contenta con 47 litros por día y habitante, mientras que Marsella necesita 450 y Lyón no se considera suficientemente atendido con 140. En París el volumen total de agua distribuída es de 220. Para las poblaciones de 30.000 habitantes se estima útil un volumen de 100 á 200 litros por día y habitante; para otras de más importancia se creen necesarios 300, pudiendo naturalmente estos volúmenes variar con las circunstancias que en cada población concurran.

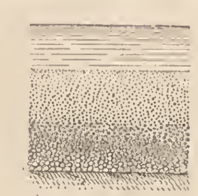


Fig. 2. Filtración por la arena

Algunas ciudades, como París y Francfort en el Mein, han apelado á la doble canalización: una red para los habitantes alimentada con agua lo más pura posible y otra con agua de río, más ó menos impura, para regar las calles y limpiar las cloacas y para diversos usos industriales, con lo que el cubo de agua pura queda notablemente reducido. Y no falta quien ha propuesto extender al interior de las casas esa doble canalización reservando el agua potable para la alimentación y la menos pura para la limpieza, mas este sistema presenta graves inconvenientes.

Pero sean cuales fueren los medios empleados para restringir el consumo del agua potable, siempre se presentarán casos en que habrá escasez de agua naturalmente potable: tal sucede en París y poblaciones vecinas y en Amberes, donde los manantiales están á enorme distancia y las capas de agua subterránea resultan á menudo contaminadas. La purificación de las aguas de río se impone, pues, en un gran número de municipalidades.

De los procedimientos hasta ahora empleados nos ocuparemos en los que han dado lugar á aplicaciones importantes y grandiosas, examinando especialmente el inventado hace algunos años por Mr. Anderson, que se utiliza en Amberes desde 1885 y que ha sido recientemente ensayado en Boulogne-sur-Mer.

Decantación. – La decantación, sistema seguido en Marsella, permite eliminar las materias minerales y orgánicas en suspensión, pero por sí sola no elimina las materias disueltas, que son las más peligrosas. Además las materias muy tenues se depositan muy lentamente, y con frecuencia la clarificación completa exigiría tanto tiempo y depósitos tales, que el gasto sería inmenso. Este procedimiento es, sin embargo, un poderoso auxiliar de los demás cuyo trabajo facilita mucho.

Filtración natural. – Cuando un río pasa por un terreno arenoso, se abren galerías paralelas á la orilla y á cierta distancia de ésta. Aunque á veces las aguas llegan á aquéllas bastante puras, este sistema es sólo practicable en determinadas circunstancias locales y ofrece poca seguridad. Por efecto de la filtración misma el filtro se obstruye, el caudal disminuye y la limpieza se hace imposible y hay que prolongar incesantemente las galerías. Sólo en muy pocos casos la corriente del río renueva naturalmente las capas superficiales del filtro. Este sistema es, pues, por lo general poco recomendable.

Filtración artificial. – Para el empleo de este procedimiento es muy útil la decantación previa, cuyos gastos se compensan con la obstrucción menos rápida de los filtros y las economías en la limpieza. El agua permanece en los depósitos de mampostería (de 2 á 5 metros de profundidad y de volumen calculado para que el agua se estanque en ellos de doce horas á quince días, según los casos) entrando por un extremo y saliendo por otro, y merced á los orificios convenientemente dispuestos circula recta y regularmente por toda la extensión de aquéllos. Para la filtración propiamente dicha se coloca en los depósitos una capa de guijarros gruesos, sobre ésta otra de guijarros más pequeños, luego casquijo cada vez más fino y por fin arena gruesa, procurando que el espesor total sea de 0'70 metros á 1 metro: encima de todo ello se dispone una capa de arena fina de 0'60 á 1'20 metros de espesor (fig. 2). Cuando el filtro se obstruye se raspa la capa superior en un espesor de 3 á 5 centímetros cada vez hasta que la capa de arena fina queda reducida á 0'30 metros: entonces se devuelve á ésta su espesor primitivo añadiendo nueva arena y volviendo á colocar la que se había sacado, después de haberla lavado.

El espesor de la capa contaminada no pasa de 0'5 metros, de modo que si se da mayor espesor á la capa de arena fina es para que puedan practicarse más raspaduras sin necesidad de añadir nueva arena. Las capas inferiores sólo sirven de sustentáculo y para facilitar la salida del agua filtrada.

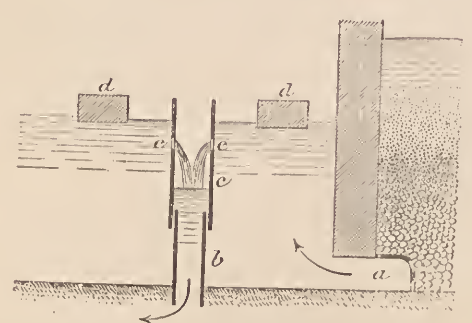


Fig. 3. Regulador automático de Varsovia

Los estanques de filtración pueden ser abovedados, mereciendo citarse en esta clase los filtros de Varsovia (fig. 1) construídos por M. Lindley, ingeniero jefe de las obras municipales de Francfort en el Mein. Los bóvedas suponen gran aumento de gasto, pero en cambio evitan las interrupciones del servicio en las heladas de invierno y protegen las aguas contra la elevación excesiva de la temperatura en verano y contra el desarrollo de organismos animales ó vegetales, que exige limpias más frecuentes.

La experiencia ha demostrado que para obtener resultados satisfactorios los filtros no han de dar más de 1'8 á 3 metros cúbicos, ó sea un término medio de 2'5, por metro cuadrado y veinticuatro horas, lo cual puede lograrse por medio de compuertas que regulen el paso del agua á la entrada y á la salida de los filtros. La presión ejercida por el paso del agua al través del filtro debe ser tanto mayor cuanto más tiempo haga que no se ha limpiado aquél. Puede lograrse también este resultado por medio del regulador automático establecido por M. Lindley en Varsovia (fig. 3). En él *a* es el conducto que comunica con la parte inferior de los filtros, *b* un tubo que va al depósito del agua filtrada y *c* otro tubo que puede deslizarse á lo largo del anterior, en el que se ajusta perfectamente; *dd* son los flotadores que sostienen el tubo *c*, el cual tiene varios agujeros *ee*. Calculando las dimensiones de éstos y su posición con relación al flotador, se logrará que suministren un volumen dado, cualquiera que sea el nivel del agua en la cámara del regulador. Si la cantidad suministrada por el filtro es menor que la proporcionada por el regulador, el nivel del agua descenderá en la cámara de éste, aumentando así la presión bajo la cual el filtro funciona y por consiguiente el volumen por el mismo suministrado, y viceversa.

Es bueno, además, en el momento de las limpias dejar que el filtro se enjugue bien, de modo que el aire penetre en la copa filtradora, pues el oxígeno ejerce, al parecer, saludable influencia en la purificación destruyendo las materias orgánicas y organizadas. El experimento llevado á cabo por el servicio municipal de París y descrito por el ingeniero jefe Mr. Bechmann en el Congreso para la utilización de las aguas pluviales celebrado en dicha capital en 1889, demostró los buenos efectos de la aereación. En una caja de 2 metros de alto, cuya sección es un cuadrado de 0'20 metros por lado, llena de arena de la llanura de Gennevilliers, se echa todos los días un litro de agua de cloaca, y en diez años que sin interrupción viene verificándose este experimento la filtración se efectúa sin que haya sido necesario proceder una sola vez á la limpia. La cantidad suministrada corresponde á un volumen de 0'025 metros cúbicos por metro cuadrado y día, en vez de los 2'500 que es la cifra media adoptada en las instalaciones inglesas y alemanas; pero hay que tener en cuenta que en éstas la limpia se impone en intervalos de cinco á treinta días, ó sea setecientas veinte á ciento veinte en diez años para una producción cien veces mayor que en el experimento citado y con aguas incomparablemente menos impuras. Han pasado, pues, por el filtro del experimento y en igualdad de superficie de 1'2 vez á 7'2 veces el volumen que pueden suministrar los otros filtros entre dos limpias, á pesar del mayor grado de impureza de las aguas.

Véase, por consiguiente, hasta qué punto la aereación facilita la purificación de las aguas. Este sistema se practica imperfectamente en Londres.

Cuando un filtro ha quedado en seco, es muy conveniente llenarlo por debajo con agua ya filtrada: una vez cubierta enteramente de agua la arena, se echa por encima agua no filtrada y se deja que se forme un primer depósito en la superficie de la arena antes de hacer funcionar el filtro, sin lo cual la primer agua que pasa es ligeramente turbia y los depósitos penetran en la arena á mayor profundidad.

Mediante las precauciones que acabamos de indicar, puede llegarse en la mayoría de los casos á desembarazar el agua de río de las materias en suspensión, así como de las materias orgánicas y de los microorganismos en una proporción tal, que resulta comparable con las mejores aguas de manantiales.

Las impurezas que más resisten á la filtración son las impurezas de origen vegetal; por ejemplo, las materias que comunican un color amarillento al agua que ha pasado por un terreno turboso. Estas materias son generalmente poco nocivas, pero el color que dan al agua produce mala impresión.

En resumen; la filtración por la arena convenientemente practicada, es un recurso allí donde hay escasez de aguas naturales puras. Cuando éstas existen, pero no pueden ser utilizadas sin grandes gastos, podrá ser preferible la filtración del agua de río.

P. LAURIOL

(Continuará)

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

CORAZÓN Y BRAZO, *por D. Pascual Millán.* – En esta novela no se ha propuesto su autor, el reputado literato D. Pascual Millán, resolver ningún problema, ni sentar ni defender tesis alguna; ha querido únicamente, y lo ha logrado por completo, deleitar al lector con una acción interesante y admirablemente desarrollada y con personajes humanos, naturales en su modo de ser y lógicos en sus actos, todo ello presentado con extraordinario vigor y escrito en el lenguaje castizo que es proverbial en el autor de la tan justamente celebrada *Iconografía calderoniana.*

La obra está profusamente ilustrada por artistas de tan reconocido mérito como Ferrant, Benlliure (D. Mariano y don José), Unceta, Taberner, Maura, Martínez Abades, Menéndez Pidal, Espina, Campuzano, Lhardy Cabrera y otros no menos distinguidos. Ha sido editada por don Fernando Fe, de Madrid, y se vende al precio de 3 pesetas 50 céntimos en las principales librerías, y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.



ESTUDIO DEL PINTOR RODOLFO WIMMER (Véase el artículo en el número 487)

* * *

EN LAS RIBERAS DEL PLATA, *por T. Resasco, versión española de D. Antonio Sánchez Pérez.* – Este libro, de asunto interesante, desarrollado en forma de memorias de un emigrante, es una animadísima y amena narración de viaje, escrita con una viveza de estilo que descubre á la legua el origen de su autor. El país americano con sus riquezas y con sus miserias aparece observado con gran profundidad de juicio, y las costumbres, tipos y lugares están descritos de mano maestra.

Traducida la obra por el ilustre literato D. Antonio Sánchez Pérez, nada hemos de decir de cómo resulta la versión castellana.

Los dos tomos de que se compone este libro, elegantemente editado por D. Fernando Fe, de Madrid, se venden al precio de 7 pesetas en las principales librerías, y en Barcelona en la de D. Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5.

* * *

JOVENTUT, PRIMERAS POESÍAS, *por Bonaventura Bassegoda.* – El conocido poeta catalán, tantas veces laureado en públicos certámenes y aplaudido en el teatro, ha publicado con ese título una colección de poesías catalanas llenas de inspiración y sentimiento y armoniosamente versificadas.

Las hay de todos los géneros: en el amatorio abundan los pensamientos tiernos y delicados; en el religioso resplandece la fe más acendrada, y en el patriótico, el amor á Cataluña arranca á la lira del poeta brillantes imágenes y enérgicas notas, expresadas con el vigor á que tan bien se presta la lengua catalana.

En suma, el libro del Sr. Bassegoda proporciona al que lo lee un rato de grato deleite, y las poesías que contiene son dignas del nombre de que goza su autor en nuestra literatura regional.

Véndese el libro al precio de una peseta.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN